

JUAN BAUTISTA DE LA SALLE. 1711 – 1714

o

“LA TENTACIÓN de PARMENIA”

Se trata de reconsiderar uno de los momentos críticos de nuestros orígenes, cuando Juan Bautista de la Salle sumido en los remolinos del proceso “Clément”, se marcha hacia el Sur de Francia. Durante varios años, no da (o muy escasas) señales de vida para los Hermanos de Paris y sus alrededores (Versailles y Saint-Denis); le tienta “el retiro”, bajo la forma de retirada de los asuntos de su Instituto.

Estamos ante un periodo de crisis para el Instituto en sus orígenes. Habrá que observar sus diversos aspectos, las personas implicadas, los análisis realizados por los protagonistas, los cambios que se producen, las respuestas dadas, en qué forma éstas son (o no lo son) soluciones a la crisis producida y finalmente descubrir como las personas y las instituciones involucradas surgen de ella transformadas, y lo que eso significa para el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

Deberemos también detenernos en la carta que “los principales Hermanos” de París escriben al Fundador, el 1º de abril de 1714. Es uno de los textos esenciales de nuestros “relatos fundacionales”, como Lasalianos¹.

El contexto político, social, cultural: una crisis de fin de reinado.

La historia del Instituto, la historia de la Fundación, nuestros “mitos” fundacionales, no son historias atemporales. Es cierto que en los escritos de Juan Bautista de La Salle prácticamente no existe la dimensión histórica de los acontecimientos contemporáneos. Sin embargo, la obra de Juan Bautista de La Salle se inscribe indiscutiblemente en un momento de la historia de Francia, en un contexto único y preciso que no puede dejar de tener repercusiones en las opciones, las decisiones, las conductas del Señor de La Salle, de los Hermanos, así como de cuantos le rodean.

Cuando el abate Clément realiza sus primeros contactos con Juan Bautista de La Salle, en diciembre de 1707², **Francia está en guerra con el resto de Europa** (esencialmente con Gran Bretaña, Holanda, Saboya y Austria) desde mayo de 1702, por la sucesión al trono de España. Tiene como aliada a España, ya que se trata de situar en el trono de Madrid a un nieto de Luis XIV. Esta guerra termina en 1713, con el tratado de Utrecht que reconfigura el mapa de Europa y pretende instalar un “equilibrio europeo” para evitar el dominio de una única potencia (Francia). Podemos notar que los países cuyos pueblos ejercen un cierto control sobre su modo de gobierno (Gran Bretaña, Países Bajos) son quienes salen ganando a costa de las potencias absolutistas (Francia y España), señal de que algo cambia en este comienzo del siglo XVIII, incluida la “gran política” y el ejercicio del poder. Otro elemento principal atañe a la política interior francesa: las dificultades de esta guerra, las derrotas y los fracasos sufridos, obligan a Luis XIV a dirigirse a su pueblo mediante una declaración que es leída en todas las parroquias de Francia, el 12 de junio de 1709, en la misa mayor. Explica las propuestas que ha hecho para procurar la paz, las condiciones draconianas que quieren imponerle los aliados³, y finalmente pide el apoyo de la población para continuar la guerra. Es un procedimiento totalmente insólito en el marco de la monarquía absoluta y sagrada de la Francia del Antiguo Régimen, en la cual el rey no tiene porqué justificarse ni dar

¹ Esencialmente en mi propuesta me basaré en el relato de Blain (CL 8. Capítulos 9 a 13 del Tercer libro de su biografía; así como sobre el texto del Hermano Bedel: ORIGINES. 1651 -1726. Un temps d’incertitude. (p. 142 a 151, de la versión francesa).

² Blain II. (CL 8), p. 72.

³ Entre otras, hacer la guerra contra su nieto el rey Felipe V, para expulsarlo del trono de España.

explicaciones ante sus súbditos. Por cierto, la declaración logra su objetivo, pues da lugar a una afluencia muy significativa de voluntarios para los ejércitos reales y a la adhesión de la población civil para la continuación de la guerra. Los historiadores hablan del nacimiento de un sentimiento patriótico nacional, nuevo en la mentalidad de entonces y señal de una evolución de la misma. Un cambio más de este inicio de siglo.

Algunos acontecimientos más tienen importantes repercusiones sobre la vida de Juan Bautista de La Salle y de los Hermanos. En Julio de 1702 comienza la **revuelta de los “Camisards”**. Desde 1685, la práctica pública de la religión protestante está prohibida en Francia (revocación del Edicto de Nantes) y se supone que todos los franceses son católicos, pero en el límite Sudeste del Macizo Central (Les Cévennes) existe un protestantismo popular y rural que pervive, más o menos secretamente. A partir de 1707, respondiendo a las peticiones de la Iglesia católica y del poder político, Juan Bautista de La Salle envía Hermanos a esas regiones, para trabajar en la transformación de los hijos de los “Nuevos Conversos” en buenos católicos⁴. Cuando los Hermanos abren sus escuelas, la rebelión organizada ya ha terminado, pero continúa la inseguridad, sobre todo hacia los ministros del culto católico. Veremos a Juan Bautista de La Salle desplazarse sólo, en varias ocasiones, en esta región, durante el periodo 1711 – 1713, con gran preocupación por parte de sus Hermanos y de sus amigos.

Llegó a Aviñón al final de la Cuaresma de 1712. Los Hermanos de la ciudad, encantados como los otros de tener a su Superior, lo retuvieron con ellos lo más que pudieron. Allí, se dispuso a hacer la visita de todos los establecimientos que había en la zona. Los Hermanos se alarmaron, porque corría peligro introduciéndose demasiado en la región a causa de los Camisards que dominaban el campo, y hacían una guerra cruel a los eclesiásticos. Se sabe lo suficiente que su mayor pasión era hacerlos víctimas de su furia y satisfacer su odio contra los católicos derramando la sangre de los ministros del Señor. Fue imposible manifestarle que no debía exponerse a la búsqueda cuidadosa de estos desbandados fanáticos que de humanos sólo tenían el exterior, y que llevaban bajo la figura de hombre el corazón de bestias feroces; nada pudo disminuir su celo.⁵

En la noche del 6 al 7 de enero de 1709 comienza un **fenómeno climático catastrófico**, que durará varios meses: en el norte de Francia y en el Suroeste, las temperaturas caen brutalmente. Se anotarán 20° C bajo cero en París en febrero de 1709. El suelo permanece helado en profundidad durante varias semanas, las siembras de otoño se mueren en el suelo, es imposible plantar los trigos de invierno, los árboles se han helado hasta la médula, los animales mueren en el campo, se cuenta que algunos pájaros caen en pleno vuelo y son recogidos, congelados: algunos niños mueren entre su casa y la iglesia parroquial, al ir a recibir el bautismo, por lo cual los curas celebran los bautismos en las casas, y con agua caliente; es imposible enterrar a los muertos, el suelo está demasiado duro. A este invierno riguroso lo sigue una primavera húmeda, pero al menos las medidas tomadas por la administración permiten limitar los daños⁶: requisas de las reservas, masivas importaciones de trigo, control del tráfico de granos, distribución de alimentos, impuestos a los ricos (acomodados), distribución de semillas de cebada, cereal de crecimiento rápido. Se calcula un superávit sobre la mortalidad normal de unos 630.000 muertos para el periodo 1709-1710, dos veces menos, no obstante, que en 1693-1694 (1.300.000 muertos suplementarios). Esta catástrofe tiene repercusiones sobre la vida de los Hermanos: el noviciado vuelve de Saint-Yon a París, pues se piensa que en la capital habrá más facilidades para alimentar a los postulantes y novicios. Lo cual pone a la comunidad parisina en mayores estrecheces y crea o renueva tensiones con el cura de San Sulpicio, que es quien de hecho financia a una comunidad mucho más

⁴ Ver **ORIGINES. 1651 – 1726** p. 137 a 141: Les écoles pour les enfants des « Nouveaux Convertis »

⁵ Blain II. (CL 8) p. 81 & 82.

⁶ Las diferentes administraciones habían aprendido la lección del invierno de 1693-1694

numerosa que la necesaria para llevar las escuelas de su parroquia. Además algunos Hermanos reprochan al Señor de La Salle por acoger demasiado fácilmente a postulantes que lo que buscarían sería cobijo y comida a expensas de la comunidad y de las escuelas, sin tener vocación de Hermano. Juan Bautista de La Salle les contestará que por lo menos así ¡habrán hecho un buen retiro antes de salir!⁷

Los Novicios... Venidos a París, aumentaron más de la mitad la comunidad. La casa que era razonablemente espaciosa para los Hermanos de París, se encontró demasiado estrecha a la llegada de los nuevos huéspedes. Sus cerca de cuarenta habitantes, estaban apiñados unos sobre otros, por decir así, tanto de día como de noche. Les servían de cama pobres colchones de paja con una manta y sábanas igualmente pobres, extendidos en el piso, pero en orden, en los cuartos, detrás de las puertas y en cualquier parte donde se podía. Sin embargo, por más pobre que fuera esta casa de la Providencia, estaba abierta a quien pedía entrar. La caridad del Superior no la cerraba a ninguno de aquellos que mostraba buena voluntad y no venía por necesidad. Aquellos de sus discípulos que tenían menos fe o menos caridad, no sufrían sin mortificación que su padre compartiera entre ellos y los recién llegados el pan que les faltaba con frecuencia, y del que no tenían nunca en este tiempo para saciarse. No obstante, muchos de éstos no comían mucho tiempo pues se retiraban al cabo de uno, dos, tres o cuatro meses, más o menos. La Salle se consolaba y consolaba a los que le hacían reproches de su demasiada facilidad para recibir postulantes, con esta sabia réplica: *en todo caso han hecho un buen retiro que les servirá para su salvación.*⁸

La insuficiencia de las sucesivas cosechas, hasta la muerte del rey (septiembre 1775), sumada a la situación económica general debida a la larga guerra de 11 años, supondrá una difícil recuperación para Francia.

Nos encontramos en un final de reinado, con todas las incertidumbres y las crispaciones de esa situación. Luis XIV nacido en 1638, es rey desde 1643 (a la edad de 5 años) y ejerce realmente el poder desde 1661, lo que supone que lleva reinando cincuenta años. El funcionariado político se ha renovado ya dos o tres veces, los que trabajan con él han nacido, generalmente, hacia 1670-1680. A partir de su casamiento (morganático) con Madame de Maintenon (1684), el rey se ha vuelto devoto, instalándose definitivamente en Versailles en 1682. Pero se acabaron los resplandores de la Corte de los años 60-70. El rey se ha vuelto formal, y todos le siguen, de más o menos buena gana, en su comportamiento, lo que implica no poca hipocresía, aunque la “conversión” del rey parezca sincera⁹.

En 1711, Luis XIV tiene 73 años de edad, y es evidente que su reinado toca a su fin. Nuevos hombres deberían, en la brevedad posible, hacerse presentes como protagonistas de primera fila, con ideas y políticas nuevas. Su heredero, el Gran Delfín, muere el 14 de abril de 1711. Su primogénito, el duque de Bourgogne, nacido en 1682, hace el papel de soberano virtual. Ha sido educado por Fénelon y es un apasionado de ideas alejadas de las prácticas de su abuelo, con un personal que se prepara a tomar las riendas. Pero muere en marzo de 1712, de sarampión. El heredero al trono es pues un chiquillo de dos años (será Luis XV). A la edad del rey se añade ahora una gran incertidumbre sobre su sucesión. ¿Sobrevivirá el heredero hasta la edad adulta? Es de salud endeble, y tres cuartas partes de los jóvenes mueren antes de los veinte años en esa época, además la muerte no respeta “clases”. Si muere, ¿quién reinará en su lugar? ¿Sus tíos? Uno de ellos (Anjou) se ha convertido en rey de España (Felipe V) y ha renunciado al trono de Francia, el otro (Berry) muere en 1714 en un accidente hípico. ¿El sobrino de Luis XIV, Philippe d’Orleans?

⁷ Blain II. (CL 8). P. 58-62

⁸ Blain II. (CL 8). P. 59-60

⁹ Constatemos, de paso, que la fundación de las Escuelas Cristianas, se inscribe casi enteramente en esta tercera parte del reino de Luis XIV

No es bien visto en la corte de Francia, y tendrá problemas con su primo, el rey de España, cuya renuncia al trono de Francia no es admitida por el derecho francés. Luis XIV decide entonces, en 1714, reconocer sus hijos bastardos (los habidos con Madame de Montespan) legitimados y “príncipes de sangre”, es decir aptos para subir al trono de Francia. Es un acto en abierta contradicción con la tradicional constitución del Reino, en efecto es necesario haber nacido en un matrimonio legítimo para acceder al trono. Nueva señal de perturbación de las mentes y de los juicios, incluso al más alto nivel, en este fin de reinado. Podemos señalar de paso que el Fundador y los Hermanos de los inicios, como la mayoría de los franceses de su tiempo, no habrán conocido durante toda su existencia más que un solo soberano: Luis XIV. La imagen del poder político se confunde con su persona y el estilo que da a su ejercicio.

Finalmente, Luis XV sucederá a su bisabuelo, al precio de una regencia ejercida por su primo, Philippe d’Orleans. Y a diferencia de las demás regencias que Francia ha conocido anteriormente (Catherine de Médicis, Maria de Médicis, Ana de Austria; entonces la madre del joven rey era quien gobernaba durante su minoría de edad) será, sin duda, la regencia políticamente más tranquila de todas, permitiendo así una transición serena hacia lo que se llamará el *Siglo de las Luces*.

Esta crisis de fin de reinado se verá también marcada por **el resurgimiento de la querrela jansenista**. Ya no cesará hasta la Revolución Francesa. El 26 de octubre de 1709, un fallo del Consejo del Rey decide dispersar a las últimas religiosas de Port-Royal-des-Champs (una veintena, todas de edad avanzada) en diversos conventos, y destruir la abadía. Esta disposición “manu militari” ocasiona un escándalo. Los edificios son arrasados en 1711, así como el cementerio de las monjas y de los eremitas. Con lo cual la disputa recomienza: ¿cuáles son los derechos de la conciencia cuando la verdad y la inocencia son perseguidas?

El ex-oratoriano Pasquier Quesnel, hizo publicar en 1692 una obra titulada: El Nuevo testamento en francés con Reflexiones morales sobre cada versículo, que retoma y amplía trabajos de inspiración jansenista comenzados en 1671. El obispo de Chalons, Monseñor de Noailles, (más tarde cardenal, y arzobispo de París) la aprueba calurosamente. Quesnel, refugiado en Mons (en Bélgica, en los Países Bajos españoles), es sospechoso de jansenismo. Las autoridades lo hacen detener en 1703, se escapa, pero sus escritos son requisados y muestran que está comprometido con toda una red que discute la autoridad real. Luis XIV no le da respiro y obtiene del Papa Clemente XI la condena de 101 proposiciones extraídas de las Reflexiones morales, mediante la Bula *Unigenitus* (8 de septiembre de 1713).

En esta época, en el marco de la Iglesia galicana y de las relaciones entre Roma y Francia, una bula papal, incluso pedida por el rey, no sería aplicable en Francia, sin otro tipo de proceso. Es necesario que la Bula sea recibida por los obispos y que sea registrada por los Parlamentos, para que adquiera fuerza de ley. Pero los obispos están divididos, tratan de elaborar un texto explicativo que es rechazado por Roma, porque parece subordinar la autoridad del Papa a la interpretación de los obispos. El cardenal de Noailles, ya arzobispo de París, se ve atrapado entre sus contradicciones y sus juramentos de fidelidad. Después de algunas dudas, acaba produciendo un mandato que recibe la Bula *Unigenitus* con tantos reparos, que acaba siendo clasificado entre los opositores. En su oposición es seguido por la mayoría de los curas parisinos, sacerdotes del Oratorio, Benedictinos, canónigos, y otras tantas personas fuertemente relacionadas con el medio parlamentario (incluso la familia de Juan Bautista de La Salle). El Parlamento¹⁰, especialmente el

¹⁰ El Parlamento es una Corte de Justicia, encargado entre otras cosas, de registrar oficialmente las leyes verificando si están conformes a derecho y no contradicen leyes precedentes. Una ley, para tener curso sobre el conjunto del territorio debe ser “registrada” por todos los Parlamentos del reino (son más de una docena, pero el de París es el más

de París, rechaza un documento que impone, en cierta forma la infalibilidad pontificia y la supremacía del Papa sobre el poder real, aprovechándose de un artículo condenado. El Parlamento pretende defender los derechos del rey, contra el mismo rey.

Al momento de su muerte, Luis XIV no habrá logrado acabar con todas esas oposiciones y legará el problema a su sucesor, en este caso el Regente. Más allá de la cuestión doctrinal, es el poder real el que se ve debatido, mientras que la Iglesia de Francia se divide, un cierto número de obispos, de doctores por la Sorbona, de sacerdotes (3.000 ó 4.000 en total) deciden apelar a un Concilio, siendo considerada dicha institución superior al Papa. La apuesta es finalmente política y gira en torno al poder absoluto, tanto el del rey como el del Papa, sobre las conciencias. ¿Es una asamblea (de obispos) quien debe decidir en último término, o el soberano (rey o Soberano Pontífice)? Bajo el enfoque de los curas, existe también todo el resentimiento que han acumulado contra los obispos – que están en su mayor parte, por la manera como se realiza su elección, en “manos del rey” – y contra el rey, como consecuencia de la decisión de 1695, aprobada por la Asamblea del Clero Francés, que reforzó¹¹ considerablemente el poder disciplinario de los obispos sobre los curas de parroquia. Mientras, existe toda una corriente que pretende que si los obispos son los sucesores de los Doce Apóstoles, los curas lo son de los Setenta y dos Discípulos que Jesús envía a misionar, y que tienen necesariamente su palabra que decir sobre las cuestiones doctrinales y de organización de la Iglesia, siendo también su poder de “derecho divino”, proveniente directamente de Dios (como el Papa, como los obispos, como el rey).

Por parte de los “apelantes”, como también de los parlamentarios, se espera la muerte de Luis XIV para reactivar el debate y la protesta, lo cual no dejará de producirse: para obtener la plenitud de la Regencia, Philippe d’Orléans devuelve poderes a los Parlamentos, mientras que su entorno muestra evidente simpatía hacia la actitud jansenista de fondo: la autonomía de la conciencia, reservada por supuesto a la *sanior pars*, a los “que saben” y que se niega al pueblo, al “vil populacho”¹².

Blain, con mucha exageración, atribuye las dificultades que el Señor de La Salle tiene en Marsella, a su oposición a los jansenistas, lo cual está lejos de ser evidente, aunque esta disputa no es ajena a los problemas que se le causaron. Parecería más bien que el Fundador, en el caso de Marsella, haya sido víctima de las tramas de poder e influencias personales, de sacerdotes y de laicos, al interior incluso del círculo de los fieles a Roma. Además, esos acontecimientos de Marsella se producen antes de la publicación de la Bula *Unigenitus*. En cambio, la reacción de Juan Bautista de La Salle, en Grenoble, durante la aparición de la Bula de Clemente XI, y después de la Instrucción Pastoral del Clero¹³, es extremadamente clara y firme. Se ve bien que no era ajeno a las cuestiones doctrinales de su tiempo.

Juan Bautista de La Salle y los Hermanos: dos generaciones diferentes

Otro aspecto de las dificultades encontradas por Juan Bautista de La Salle se encuentra, parece ser, en las diferencias de generación entre Juan Bautista de La Salle y los Hermanos y de los Hermanos entre sí.

importante). Por eso, para el Instituto, las Cartas Patentes concedidas en 1724 por Luis XV, registradas en el Parlamento de Normandía, tendrán finalmente fuerza de ley en todo el país cuando este proceso se haya realizado en todos los Parlamentos del Reino.

¹¹ Así sucede con Jean-Louis de La Salle, canónigo de Reims, hermano del Fundador; o con Dom François-Élie Maillefer, su sobrino y biógrafo.

¹² Ver las *Mémoires* de la Corte de Luis XIV, del duque de Saint-Simon.

¹³ Ver Blain II (CL 8), p. 106-107.

Juan Bautista de La Salle nació en 1651, toda su formación ha tenido lugar en el contexto de la Reforma católica triunfante y en el de la confirmación del absolutismo sacralizado de Luis XIV. La religión y el poder están marcados por las nociones de jerarquía, de orden verticalista: la Trinidad, la Iglesia, el Estado, las organizaciones sociales funcionan siguiendo este principio. Los Hermanos, por su parte, han crecido y se han formado en otro contexto: una monarquía que se endurece y se anquilosa poco a poco en sus principios; una Iglesia sacudida por luchas ideológicas mientras vive un debilitamiento doctrinal inquietante.

Entre los Hermanos en activo en el Instituto, hacia 1711, el de más edad y el más antiguo parece ser el Hermano Gabriel Drolin, nacido en 1664, presente desde los inicios en Reims, forma parte de la comunidad de Laon en 1684. Ha sido enviado a Roma desde 1702, y por lo tanto no está directamente presente en los acontecimientos que nos ocupan. El Hermano Jean Partois (Hermano Antoine) nació en 1666, entró en la comunidad de Reims hacia 1686. Es posible que haya sido secretario del Hermano Bartolomé, en París, entre 1711/1712 y 1713/1714. El Hermano Jean Jacquot o Jacot, nació en 1672, está en la Calle Nueva de Reims en 1686. De 1713 a 1715 figura en las listas de la Comunidad de Grenoble, como director¹⁴. Estos dos Hermanos son parte de los doce que hacen votos perpetuos, con el Señor de La Salle en 1694. El Hermano Paul Narra, nacido en 1677, está en la comunidad de la calle Princesse desde la edad de 10/11 años (según el Catalogue¹⁵), hace su Noviciado en 1695 y emite los votos perpetuos en 1699. En 1711-1713, no existe ningún documento para poder localizarlo, lo único que se sabe, es que en 1717 pertenece a la Comunidad de Reims. Muere en 1751. Durante el periodo de 1711-1713, estos cuatro Hermanos son los más antiguos del Instituto. Tres de entre ellos lo son prácticamente desde los comienzos en Reims, el cuarto conoció de cerca los inicios de la calle Princesse. Han participado igualmente en la epopeya fundadora de los años 1691-1702, cuando el “vivir en sociedad para tener las escuelas” toma cuerpo y manifiesta su fecundidad.

Hay todo un grupo de Hermanos que podemos llamar de la “segunda generación”, han entrado en el Instituto en los últimos años del siglo XVII: Charles Frappet (Hermano Thomas), entrado en 1690, es sin lugar a dudas el primero de los Hermanos Sirvientes; Jean Boucqueton (Hermano Jean-François), entrado en 1691, hizo sus votos perpetuos en 1696, entre 1711 y 1713, es quizás Director de la Casa de Saint-Denis; Jean Police (Hermano Philippe), entrado en 1692, hizo voto perpetuo en 1699, sabemos que es Director de la casa de Moulins en 1716; Poncelet Thisieux, (Hermano Ponce), hizo sus votos perpetuos en 1696. Después de haber sido Director de Mende, será el Visitador de los Hermanos del Sur de Francia, siendo a la vez Director de la Comunidad de Aviñón, probablemente salió en 1713, ¡con parte de la caja! François Blin (Hermano Ambroise), entrado en 1693 hizo su profesión perpetua en 1695, está en París en 1704, luego lo encontramos en 1716 en Saint-Yon, director de los Internos Menores (Pensión libre); Jean Le Roux, entra en el Instituto en 1697 y hace sus votos “para toda la vida” en 1700, en 1711-1713, está en Troyes luego en Reims, como Visitador de los Hermanos del Norte de Francia (excepto París). Estos Hermanos han nacido después de 1670 y están en plena actividad hacia 1711-1713.

Otra decena de Hermanos, nacidos entre 1672 y 1684, han entrado en el Instituto en 1700, la mayoría de ellos están en activo en 1711-1713. Para 1701-1705, encontramos 25 Hermanos, y unos treinta para el periodo 1706-1709. Joseph Truffet (Hermano Bartolomé) nacido en 1678, entró en 1703, después de un intento de vida monástica en la Trapa. Emite sus votos perpetuos en 1705 y se convierte en Director del Noviciado de Saint-Yon, al cual acompaña a París, como

¹⁴ Ver Hermano Félix-Paul. FSC. LES LETTRES DE SAINT JEAN-BAUTISTE DE LA SALLE. Édition critique. Procure Générale. Paris. 1954, p. 218. Nota 3.

¹⁵ Hermano Maurice-Auguste. Cahier Lasallien 3. *Les vœux de Frères des Écoles chrétiennes avant la bulle de Benoît XIII* p. 33

consecuencia de la hambruna de 1709. En 1711-1713, se halla en la calle Barouillère. No es responsable de las Comunidades del Sur de Francia, ya que el mismo el Señor de La Salle parte hacia esa región, en la cual además se encuentra un Visitador (Hermano Ponce); en lo tocante al Norte de Francia (excepto París), el Visitador es el Hermano Joseph. Por lo tanto es responsable del Noviciado de París y de los Hermanos de la calle Barouillère, en difícil situación con respecto al cura de San Sulpicio y a las autoridades eclesiásticas o civiles, después de la condena de su superior; además, su autoridad sobre los Hermanos no se ve apoyada mediante una positiva confirmación de Juan Bautista de La Salle. Guillaume Samson (Hermano Timoteo), nacido en 1682, entró en el Instituto en 1700 e hizo su profesión perpetua en 1703. Es Director de Mende en 1711, luego llamado a Marsella en diciembre de 1712 por Juan Bautista de La Salle para tomar la dirección del Noviciado que acaba de abrir en esa ciudad. Cuando todos los novicios lo abandonan, el Hermano Timoteo se encuentra con el Señor de La Salle en Mende. En 1714, está en Aviñón donde recibe de parte del Fundador, al antiguo oficial del Royal-Champagne, Claude François du Lac de Montisambert (Hermano Ireneo). Es también Visitador de las Comunidades del Sur de Francia, en lugar del Hermano Ponce que se ha fugado¹⁶.

La brecha generacional entre Juan Bautista de La Salle y los Hermanos de 1711 es muy clara, se acentúa más aún de cara a los Hermanos presentes en Francia. Entre estos últimos, únicamente los Hermanos Jean Partois y Jean Jacquot hicieron el voto de 1694 con Juan Bautista de La Salle y lo han elegido como Superior, el 7 de junio de 1694¹⁷. Algunos Hermanos, Paul Narra y otra escasa decena, han vivido el crecimiento del Instituto a partir de la Calle Princesse, los combates por su autonomía frente a San Sulpicio, entre 1694 y 1702, como ante la corporación de los Maestros-Calígrafos y el Gran Chantre de París, responsable de las Petites-Écoles; hasta el traslado hacia Saint-Yon. ¿Cómo se comparten estos recuerdos entre los Hermanos? ¿Y con el Hermano Bartolomé, responsable de hecho de la comunidad de París, pero recientemente entrado en la Comunidad, con una experiencia humana, eclesial, espiritual totalmente distinta de la mayoría de los Hermanos? ¿Cómo se tiene en cuenta esa experiencia cuando se presentan las grandes opciones? Ciertamente los Hermanos prometen “permanecer en Sociedad para tener juntos y por asociación las escuela gratuitas”, pero, ¿qué sucede con su memoria común, qué consecuencias extraen de esa historia? ¿Son conscientes de la radical novedad que han instaurado en la Iglesia en el modo de formular su consagración religiosa? Veremos más adelante que la respuesta deberá ser muy matizada.

El pleito Clément y sus consecuencias

Blain expone este asunto a partir, dice, del memorial justificativo elaborado por el mismo Señor de La Salle:

Todavía tenemos entre manos el memorial justificativo que el Sr. de La Salle hizo sobre el particular antes de emprender la huida. Basta realizar un resumen: no podemos tener mejor garante de la verdad.¹⁸

¹⁶ Para cualquier informe sobre los primeros Hermanos, ver: Augustine Loes FSC. The First De La Salle Brothers. 1681-1719. 1999. Christian Brothers Conference. USA.

¹⁷ El Hermano Gabriel Drolin está en Roma.

¹⁸ Blain II (CL 8), p. 72

Un joven abate¹⁹, de 22-23 años, quiere consagrar una parte de sus recursos a buenas obras educativas. Su interés y su seriedad parecen haber conmovido a Juan Bautista de La Salle, quien luego de un año de encuentros y entrevistas con él²⁰, se dedica a trabajar en la puesta en marcha de un nuevo Seminario de Maestros de Escuelas Rurales, instalado en Saint-Denis, donde ya existe una comunidad de dos Hermanos. Saint-Denis está cercano a París, pero fuera de la ciudad. En aquella época era un pueblo grande con algunos cientos de habitantes agrupados tras las murallas que rodean el monasterio de Saint-Denis y la necrópolis de los reyes de Francia. Juan Bautista de La Salle, ya que el Instituto no existe legalmente, invierte fondos por medio de un presta-nombre: el Señor Rogier, uno de sus amigos. El seminario se pone en marcha en 1709, tres Hermanos trabajan en la formación de los Maestros, el abate Clément se dedica a un internado de muchachos que formaba parte del proyecto; el arzobispo de París está al corriente, incluso obtiene del duque del Maine (bastardo legitimado de Luis XIV), la exención de alojamiento de personal de guerra para la casa.

En febrero de 1711, (aún siendo pleno invierno), el Señor de La Salle parte para el Sur de Francia, para realizar la visita a las comunidades de los Hermanos del sur del país. Confía la responsabilidad de las comunidades locales al Hermano Bartolomé, director del noviciado. Pero es llamado urgentemente a París, el padre del abate Clément, que acaba de acceder a la nobleza, intenta un proceso contra el Señor de La Salle acusándolo de haber sobornado a su hijo menor²¹, para desvalijarlo de su dinero. La acusación es extremadamente grave, y ya sea porque el Señor de La Salle plantea mal su defensa, sea que su contraparte haya recibido apoyos ocultos, o sea también que los enemigos de la obra de las Escuelas Cristianas se hayan confabulado, los signos de una probable condena son notorios:

Sin embargo, para no exponerse al reproche de haber abandonado la causa de Dios y de haberla visto traicionar indignamente por el mismo que era el autor de la empresa, sin abrir la boca para defenderse, puso en manos de algunas personas influyentes y de autoridad varios papeles, un memorial y trece cartas del Abate que hacían su justificación, suplicándoles por caridad que obraran para que se hiciera justicia con él. El uso que hicieron de los documentos fue enviarlos a algunos abogados que tenían relación con la parte adversa del Siervo de Dios, como siempre se ha creído, porque en la memoria que ellos hicieron y enviaron a quienes los habían consultado, se pronunciaron, no como abogados, sino como enemigos declarados contra La Salle, y el resultado de su consulta fue completamente conforme a la demanda presentada al señor Lugarteniente Civil. Cuando le enviaron el resultado a La Salle, es increíble la sorpresa que le causó el no encontrar sino adversarios por todas partes, y encontrarlos en los mismos abogados, censores inicuos que pronunciaban su condena antes que los propios jueces²².

Más adelante, en el mismo capítulo, Blain trata de analizar las causas del mal manejo en la manera de llevar adelante el proceso:

El Siervo de Dios, sorprendido por un juicio tan precipitado, lo estuvo aún más porque su causa había sido abandonada por aquéllos mismos a los que les había implorado protección. Es seguro que si hubieran querido comparecer y encargarse de la causa del santo Sacerdote, hubieran podido

¹⁹ El abate Jean-Charles Climent es hijo de Julien Clément, cirujano de Luis XIV y noble. No es sacerdote, sino clérigo tonsurado para poder percibir los ingresos de un beneficio eclesiástico, es este caso, los de la abadía de Saint-Calais (en el departamento de la Sarthe, en el siglo XVII: le Maine). Posteriormente, el abate Clément acabará mal, implicado en asuntos de falsificación de moneda, será excluido de la nobleza y condenado a galeras.

²⁰ Blain II. (CL 8), p. 72 a 76.

²¹ Durante el Antiguo Régimen, la autoridad paterna se ejerce hasta los veinticinco años para las hijas y treinta años para los varones. La mayoría de edad es a los veinticinco años. Únicamente el rey es mayor de edad a los 13 años.

²² Blain II. (CL 8), p. 77.

evitarle este golpe. Su influencia hubiera podido, al menos, sacarlo del apuro si no hubiera prevalecido el obtenerle un juicio favorable.../...

¿Hubo malicia o negligencia en aquellos que había escogido como sus defensores, al abandonarlo a la opresión? No nos toca juzgarlo. Es cierto que ellos tenían también sus prevenciones y estaban en relación con quien deseaba alejar de París al Siervo de Dios. ¿Por qué, entonces, La Salle ponía en sus manos la defensa de su causa? Sin tener ningún apoyo ni respaldo, no tenía a nadie que quisiera interesarse. Esperaba que la predisposición cediera ante la caridad en esta ocasión, y que las gentes de bien, porque lo eran aquellos a quienes había implorado ayuda, se despojaron de todo sentimiento humano para sustentar la causa de Dios²³.

Habla también de la “malignidad de sus abogados” y de la “indolencia de sus protectores”²⁴. Sobretudo, en ello descifra una maniobra de su “enemigo oculto” que desde hace tiempo quiere excluirlo de la dirección, por lo menos de la comunidad de París, de modo que ésta dependa únicamente del cura de San Sulpicio y se separe de las demás comunidades del interior. Blain se ve algo molesto al hablar de esa situación, por una parte porque el complot es difícil de probar y desembrollar, pero también porque San Sulpicio (parroquia y Compañía) es todo menos jansenista, de ahí todos los circunloquios para hablar de ese “enemigo oculto” que, aunque del “lado bueno” para Blain, no duda en tramar sombrías intrigas contra su héroe, llegando a forzar una condena infamante y deshonrosa. Lo que está claro, es que Juan Bautista de La Salle tiene enemigos que, al parecer, quieren adueñarse de una parte de su obra, para ponerla al servicio de sus proyectos.

Una de las consecuencias inmediatas de estos acontecimientos, es la ruina de la tercera tentativa de creación de un Seminario de Maestros para las Escuelas Rurales. Sin embargo, desde muy temprano, Juan Bautista de La Salle pensó en una variante rural de sus escuelas urbanas, teniendo en cuenta las especificidades de dicho medio: relación con el cura, reducido número de alumnos, aislamiento, carácter estacionario de la actividad escolar, tareas parroquiales a realizar. Este tipo de institución existió primeramente en Reims, desaparece mientras el Señor de La Salle está en París, a más tardar en 1961-1962, puesto que el Fundador envía los Maestros a remplazar a los Hermanos en las escuelas con el fin de darles un tiempo prolongado de formación espiritual en el Noviciado de Vaugirard. Podemos también pensar que este primer Seminario consiguió su objetivo, y que satisfizo todas las demandas de los curas de la archidiócesis de Reims que deseaban un maestro de escuela para su parroquia. En 1689, en la *Memoria sobre el hábito*, Juan Bautista de La Salle presenta este seminario como uno de los componentes de su Comunidad:

También se atiende a formar maestros para las escuelas rurales, en una casa separada de la Comunidad, que se denomina seminario. Los que allí se forman sólo permanecen unos años, hasta que están enteramente formados, tanto en la piedad como en lo que atañe a su empleo.

No tienen otro vestido que el que se lleva de ordinario en el mundo, salvo que es negro o al menos muy oscuro; ni se distinguen de los demás seglares mas que por un cuello blanco y el cabello más corto.

Se les enseña a cantar, a leer y a escribir perfectamente; se les aloja, alimenta y lava la ropa gratuitamente, y luego se les coloca en algún pueblo o aldea para desempeñar allí el oficio de clérigo; y una vez colocados, no mantienen con la comunidad otra relación que las de cortesía. Con todo, se les recibe para practicar retiro. (MH. 0,0,4 a 6)

Una segunda tentativa tiene lugar en 1699, en la parroquia de Saint-Hippolyte, en París, en el barrio Saint-Marcel. El Hermano Nicolas Vuyart es el responsable. Las dificultades que Juan Bautista de La Salle y los Hermanos de París encuentran con el cura de San Sulpicio a partir de 1702, y luego las condenas a duras multas del Señor de La Salle y todos los Hermanos de las

²³ Blain II. (CL 8), p. 78.

²⁴ Blain II. (CL 8), p. 79.

Escuelas de París- y por tanto incluido el Hermano Nicolas Vuyart – en el conflicto con los Maestros Calígrafos en 1704, conducen a dicho Hermano a dejar de solidarizarse con el Señor de La Salle declarando ser independiente de la comunidad de las Escuelas Cristianas. De este modo espera, él y la obra que dirige, librarse de las condenas. Entonces, algunas de las personas que sostienen el Seminario de Maestros Rurales se retiran y la obra desaparece. No obstante, Nicolas Vuyart continuará, hasta su muerte, llevando las escuelas gratuitas de la parroquia Saint-Hippolyte. Cuando el joven abate Clément comience a requerir a Juan Bautista de La Salle a finales de 1707 este último le presenta una “memoria” en la cual la formación de los Maestros para las Escuelas Rurales se presenta como uno de los fines del Instituto²⁵.

Otra consecuencia de la condena en el proceso “Clément”, es la salida precipitada de París, del Señor de La Salle. Retoma la visita que tuvo que interrumpir y sale hacia el Sur de Francia durante la primera semana de Cuaresma de 1712 (en febrero, por tanto aún invierno). Esta salida le permite escapar a la captura y prisión, que conllevaba la condena. Pero, una seria torpeza del Hermano Bartolomé al enviar por correo el texto del juicio del tribunal del Châtelet que lo condena, crea un profundo malentendido entre el Señor de La Salle y los Hermanos.

Después de la partida del santo Varón, los Hermanos recibieron los dos emplazamientos que le llegaron: uno de parte del señor Rogier, que se había convertido en su adversario, a pesar de haber sido su amigo íntimo; el otro del señor Clément, padre. En los dos se le trataba muy indignamente. En especial, insistían en tratarlo como *sacerdote de la diócesis de Reims y Superior de los Hermanos de dicha casa*, y no de los de París y de San Dionisio, lo cual era prueba evidente de la complicidad de sus adversarios con su gran enemigo²⁶.

Como aparentemente, el Hermano Bartolomé no corrige esa denominación mediante otra carta adjunta, Juan Bautista de La Salle, según la interpretación de Blain, piensa que también él le sigue el juego a su “enemigo” y que lo rechaza:

La mayor aflicción de La Salle fue que se imaginó que todos los Hermanos de París estaban ya a disposición de su enemigo. Era una idea infundada, porque los Hermanos de París permanecieron durante su ausencia, lo que habían sido en su presencia: sumisos y apegados inviolablemente a su persona. Lo que ocasionó esta idea fue que el Hermano Bartolomé, creyendo hacer algo bueno, le había enviado los dos emplazamientos en los cuales el santo Fundador era calificado de Superior de los Hermanos de Reims y no de París. Términos que sólo podían ser dictados por su rival, le hicieron nacer la sospecha contra la fidelidad de sus discípulos de París, y temer que se hubieran prestado a los artificios de su enemigo. Pues, se decía él mismo, ¿por qué enviarme estos emplazamientos en los que se emplean estos términos, si no es para notificarme que no me consideran ya su Superior? Su sospecha era falsa. El Hermano Bartolomé le había enviado los emplazamientos por sencillez, creyéndose obligado de instruirlo y ponerlo al corriente de todo lo que pasaba en su ausencia²⁷.

Algo parece haberse roto entre el Señor de la Salle y sus Hermanos. Nos encontramos en el campo de lo afectivo con palabras como: “aflicción... se imaginó... esta idea... la sospecha...”. Convertirlo, sin reaccionar, en “el Superior de los Hermanos de Reims” y no de los demás, y sobre todo de los de París, es negar todo lo realizado a partir de 1688, al llegar a la Calle Princesse; lo sucedido en 1694, con los votos y la elección del Superior por los doce Hermanos, las elecciones realizadas en 1702 y luego en 1706 para defender la autonomía de la Comunidad frente al cura de San Sulpicio. Es devolver a Juan Bautista de La Salle y a los Hermanos a la propuesta hecha en

²⁵ Blain II. (CL 8). P. 73. Ver también sobre este tema de los Seminarios de Maestros para las Escuelas Rurales: Hermano Henri BEDEL. ORIGINES. 1651-1726. P. 68, 98-99, 117

²⁶ Blain II. (CL 8), p. 79.

²⁷ Blain II. (CL 8), p. 79.

1687 por el arzobispo de Reims Monseñor Le Tellier, de fundar la joven comunidad, a condición de limitarse a su diócesis, y que ellos ya rechazaron.

Lo que resulta claramente atacado es el “permanecer en sociedad” de la fórmula de votos. La recíproca incompreensión se ve sin duda aumentada por las diferencias de generación, y por tanto de mentalidad, entre Juan Bautista de La Salle y los Hermanos, como hemos mencionado anteriormente. Existe toda una “vivencia” del Señor de La Salle que se le escapa al Hermano Bartolomé. Éste no se imagina lo que representa semejante aparente anulación de 25 años de la vida del Fundador al aceptar dejar que se lo nombre, sin protestar, como “Superior de los Hermanos de Reims”.

Juan Bautista de La Salle no quiere “tener más relación por carta con el Hermano Bartolomé a quien creía en el partido de su adversario, que sólo quería recibir sus cartas para traicionarlo bajo la apariencia de confianza”²⁸. Dicho de otro modo ya no existe comunicación entre el fundador y el “responsable” de hecho de las Comunidades de París. Una situación muy desestabilizadora para el Hermano Bartolomé pero que dice también mucho sobre la confusión que domina a Juan Bautista de La Salle en sus relaciones con los Hermanos.

Viaje al Sur de Francia

Habiendo salido de París durante la primera semana de Cuaresma de 1712, Juan Bautista de La Salle llega a Aviñón al final de la Cuaresma. Continúa con la visita de las comunidades de Alès y de Los Vans, en pleno país Camisard. Acude a Mende, y de allí vuelve a Los Vans, luego se dirige a Uzès – la comunidad de Los Vans depende del obispo de esta ciudad. Vuelve a pasar por Alès y llega finalmente a Marsella²⁹. Blain insiste sobre el carácter peligroso de semejante periplo, no solamente a causa de la rebelión protestante, sino también por la característica montañosa del país y de su clima riguroso. De tal modo, para hablar del camino de Los Vans a Mende, (debería ser el mes de mayo o junio de 1712):

Este viaje fue peligroso e incómodo: más de una vez corrió el riesgo de perder la vida al pasar por las montañas del Gévaudan, bordeado de horribos precipicios. Sufrió el frío perforador y riguroso que se hacía sentir allí, y trajo a Mende una salud muy alterada³⁰.

Juan Bautista de La Salle descubre que se trata de un país muy diferente del que él ha conocido al Norte del Loira: paisajes, clima, pero también el funcionamiento de las relaciones sociales, la mentalidad, la lengua. ¿Se trata de la expresión de Blain? (a distancia, por supuesto, en el tiempo y el espacio), ¿Es el Señor de La Salle que se expresa con posterioridad sobre dichos acontecimientos?

La lengua popular es diferente: las de Mende, de las Cévennes son variantes de la lengua del Oc, la de Marsella es el Provenzal, más cercano del italiano y del piemontés. En París, en Reims, en Rouen... se hablan generalmente formas muy próximas de la lengua del Oïl (o lengua del Oïl). Constantemente los Hermanos, incluso cuando se encuentren en país de la lengua del Oc, enseñarán en el francés del Oïl. No existe rastro alguno de ningún manual, o silabario, o catecismo, o libro de lectura en francés del Oc. Además las reglas de pronunciación y los ejemplos que se dan en la Guía de las Escuelas Cristianas o en las Reglas de Cortesía y Urbanidad Cristiana, son los de las elites urbanas de la lengua del Oïl. Este francés del Norte era además hablado, más o menos,

²⁸ Blain II (CL 8), p. 80

²⁹ Blain II (CL 8), p. 81 a 83.

³⁰ Blain II (CL 8), p. 82. La emoción ante los paisajes montañosos no aparece hasta finales del siglo XVIII en Francia, y durante mucho tiempo es puramente literario.

por los ciudadanos importantes de las ciudades del Sur (frecuentemente bilingües), y a medida que se descendía en la escala social, existía toda una escala en la práctica de las dos lenguas, hasta llegar únicamente a la lengua del Oc. Juan Bautista de La Salle toma conciencia de la posible existencia de un problema en este campo, ya que se propone establecer un Noviciado específico para ese país:

... establecer un noviciado apropiado a formar a los candidatos de la región, que estarían más en condiciones de trabajar en los lugares que los extranjeros, que no conocían ni el espíritu, ni las prácticas, y cuyas inclinaciones igual que su lenguaje, son muy diferentes³¹.

Gracias a las inversiones de cierto número de eclesiásticos y de notables de Marsella, se abre un Noviciado en esa ciudad, a la vez que se da impulso a la apertura de varias Escuelas Cristianas.³²

Hasta aquí el viaje de Juan Bautista de La Salle es más bien fructífero. En su relato del viaje del Señor de La Salle por el Sur y hacia Marsella, Blain subraya los encuentros con los Hermanos, las Comunidades, el deseo de estar cercano a su misión y de apoyarlos en ella, sobre todo cuando es especialmente difícil, como en los Cévennes, con los pequeños protestantes. Se reúne también con los responsables de las Iglesias locales: obispos, curas, y se siente feliz al oírles hablar muy positivamente sobre la misión de los Hermanos. La acogida en Marsella, aunque le parece excesivamente aduladora, le otorga no obstante la ocasión para enraizar el Instituto en esta otra Francia. Según el relato de Blain, se lo nota sin embargo a la expectativa: ¿reacción cultural de frialdad de un hombre del Norte frente a la expansividad del Sur o más profundamente, lucidez espiritual de alguien que sabe lo que cuesta realizar la obra de Dios y construir para el futuro?

Solo La Salle, temeroso por un éxito tan rápido, recelaba verlo bien pronto sepultado bajo las ruinas escondidas en tan halagüeños comienzos. Desconfiaba de su estabilidad porque no lo veía fundamentado en el calvario. Este santo Varón tan esclarecido en los caminos de Dios, había aprendido por experiencia y por las de los santos, que las obras que no están basadas en la cruz, y que surgen sin sufrimiento, o no causan mayor miedo al demonio o no duran. De modo que no osaba entregar su corazón a la alegría por el temor de ver desvanecerse el éxito presente en las desgracias de un futuro próximo. Temía que algún motivo secreto, disfrazado bajo el exterior engañoso de una devoción aparente, tomara el puesto de la caridad, y fuera el empuje del gran celo del que algunos de estos señores parecían estar animados. Según él, esto era suficiente para ver fracasar este proyecto. Dios no bendice lo que no se hace por Él³³

Blain habla de timidez, de temor (tres veces), no se atrevía, por miedo, de apariencias engañosas. Máxime que sus relaciones con los Hermanos de París no se han restablecido. Mantiene correspondencia con el Director del Noviciado de Saint-Yon³⁴, pero calla frente a otros Hermanos:

... no se manifestaba a nadie, y dejaba de responder todas las cartas que le llegaban de todos lados de parte de sus discípulos. Actuaba así con la idea de que el interés del Instituto exigía esta suspensión de todo comercio, con el fin de que sus enemigos no volvieran contra los suyos la cólera que ya no podían descargar contra él. Además, siguiendo la prevención que se había hecho de que los Hermanos de París le habían sido infieles, no sabía ya de quién fiarse³⁵.

Para explicar esta actitud, Blain habla de prudencia, para no provocar a sus enemigos contra los Hermanos, pero también de prevención con respecto a los Hermanos de París que “le habían

³¹ Blain II (CL 8), p. 84.

³² Blain II (CL 8), p. 85.

³³ Blain II. (CL 8), p. 84.

³⁴ Blain II. (CL 8), p. 85.

³⁵ Blain II. (CL 8), p. 85.

fallado en fidelidad”. Existe pues un vínculo personal entre él y ciertos Hermanos (pero Hermanos con los que podría contar), que permanece roto. “Ya no sabía de quien fiarse” concluye el biógrafo. Finalmente pues, aunque el recorrido aparentemente es brillante, nos encontramos en la misma situación que a la salida de París, a finales de la primera semana de Cuaresma de 1712: la ruptura entre él y los Hermanos persiste, Juan Bautista de La Salle no ha recuperado la confianza en sus “asociados”, incluso yo creo que mejor (o peor) no quiere recuperarla. Es lo que indican su silencio y su rechazo a la correspondencia con los Hermanos del Norte.

La crisis en Marsella³⁶: “No había venido a la Provenza más que para destruir...”

Sin poder verdaderamente establecer el orden de los hechos, ni la duración de los movimientos, una primera dificultad se sitúa en las relaciones entre los dos Hermanos que llevan la escuela de Marsella y el Noviciado. En efecto, una vez comenzado el Noviciado, Juan Bautista de La Salle pide a los dos Hermanos acudir “todos los días a los ejercicios del Noviciado”³⁷. Quizás ese “todos los días” es una amplificación de los dos Maestros, con el fin de poner a los fundadores de la escuela de su parte, ya que antes, Blain ha escrito: “que volvían los días indicados al Noviciado”³⁸. Sea como sea, los dos Hermanos soportan de mala gana esta obligación. Sin embargo así es como se procedía en Vaugirard y en la Grand’Maison, con los Hermanos de París, como también en Saint-Yon, para los Hermanos de Rouen.

Por más que Blain pueda cebarse sobre la malignidad, la tibieza, la cobardía, etc..., de esos Hermanos (designados como dos hijos de Belial³⁹), nos encontramos, a mi parecer, ante un conflicto de generaciones: Juan Bautista de La Salle quizás no ha percibido que los cambios de mentalidad de los Hermanos, y que lo que era aceptable para los hombres de su generación o para los Hermanos de los inicios en Reims o en París, ya no lo es para estas personas que pertenecen a un nuevo siglo. Estos Hermanos ya no se reconocen en lo que se había practicado anteriormente.

Además cosa sorprendente para alguien habituado a ejercer una fuerte autoridad, los dos Hermanos obtienen lo que quieren gracias al apoyo de los fundadores de su escuela. Se quedan en su escuela, en contra de la voluntad de su Superior, que ha tenido que ceder. Una cierta concepción de la obediencia y de la autoridad es puesta en entredicho. Es también la primera señal evidente del desfase que existe entre la práctica de la Regla en el Noviciado y la que se vive en las Comunidades de Escuela, poniendo de manifiesto una especie de esquizofrenia entre la vida en las Casas de

³⁶ Cabe señalar que Blain, en su relato, nunca escribe el nombre de “Marsella”. Dice “la Ciudad”. ¡Lo cual no ayuda para nada a la claridad de su exposición! Tampoco cita ningún nombre de las personalidades, eclesiásticas o civiles, de la “Ciudad”. Podríamos pensar que este capítulo 10 del Libro 3 de su Biografía es en buena parte una reelaboración intelectual y “literaria” del autor, a 20 años de distancia, y sin conocer directamente los lugares, las personas, los hechos. Su cronología, para 1712, es difícil de seguir: Juan Bautista de La Salle sale de París en la primera semana de la Cuaresma de 1712, llega a Aviñón al final de la Cuaresma. A continuación pasa por Alès, por Los Vans, Mende (ida y vuelta) y finaliza en Marsella. Allí, desata la entusiasta acogida a la que hemos aludido, se proyecta un Noviciado, se instala, se abre; un padre Jesuita que predica la Cuaresma en una gran parroquia de Marsella lanza el proyecto de apertura de una segunda Escuela Cristiana en Marsella, las cosas se organizan. Al mismo tiempo, (¿pero en qué tiempo?) los dos Hermanos que tienen la escuela de Marsella se cansan de tener que ir regularmente al Noviciado... lo cual quiere decir que el mismo funciona ya desde hace algún tiempo... pero las maniobras para retirar la Escuela proyectada y todavía no instalada, de manos de los Hermanos, comienzan “apenas el Jesuita acabó su sermón” (Blain II, p. 88). Además, algunas líneas antes, Blain señala que “todo estaba listo”, “se había avisado al santo Fundador de que indicara los Hermanos que destinaba para ella”. Blain II, p. 87).

³⁷ Blain II. (CL 8), p. 87

³⁸ Blain II. (CL 8), p. 86.

³⁹ Blain II. (CL 8), p. 87.

Formación y la vida real de los Hermanos. Un fenómeno constante y reiterado en toda la historia del Instituto.

La lectura que hace Blain de la situación religiosa e intelectual de Marsella, en términos de conflicto entre Jansenistas y “ortodoxos”, aunque aporta una justificación radical a la salida de Juan Bautista de La Salle, no hace justicia a la complejidad de la situación marsellesa. Se trata de un juego de influencias y poderes en los cuales el Señor de La Salle queda pronto al margen. El obispo, Monseñor de Belsunce⁴⁰, está recién nombrado (1709), se halla muy bien dispuesto hacia el Señor de La Salle, los Hermanos de las Escuelas Cristianas, pero “aún no había tenido tiempo de conocer las mentes”⁴¹. Finalmente los fundadores de la nueva escuela eligen acudir a unos eclesiásticos que podrán ayudar además en la parroquia.

Juan Bautista de La Salle es acusado a continuación de ser demasiado severo para con los Novicios, se desaprueban sus prácticas de piedad, las penitencias que impone. Poco a poco los donantes cierran su bolsa, algunos Novicios son forzados por su entorno a salirse y se quejan de la austeridad del Superior, a su parecer excesiva. Se pone en circulación un libelo sobre él. El Fundador trata de responder, pero sin éxito. Los Hermanos del Sur de Francia se ven desestabilizados por estos ataques. El noviciado cae, por falta de candidatos, el Hermano Ponce, Visitador de las Comunidades del Sur, sale del Instituto llevándose una bonita suma. Los dos Hermanos de Marsella le dicen al Señor de La Salle: “Que no ha venido a la Provenza más que para destruir, en lugar de edificar”⁴².

Es en este contexto donde debemos ubicar la tentativa de partir para Roma⁴³, y la respuesta bien conocida de Juan Bautista de La Salle a los Hermanos que lo ven de vuelta en casa, cuando lo creían ya en el mar: “Bendito sea Dios: heme aquí de vuelta de Roma. No es su voluntad que vaya. Quiere que me dedique a otra cosa”. Más allá de sus motivos religiosos y espirituales: visita al centro de la cristiandad, expresión de fidelidad al Papa, podemos descubrir en este viaje, un deseo de huida de la realidad marsellesa que le supera.

La acumulación de desaires, las relaciones difíciles con varios Hermanos, los proyectos que fracasan, hacen que “comenzara a dudar si su empresa provenía de Dios y si una obra que todos contradecían no era más que obra de su propia mente”⁴⁴. ¡Aquí tenemos pues a un hombre que llega al crepúsculo de su vida (tiene 62 años, que en ese entonces es la vejez), que ha emprendido grandes cosas, arrastrado decenas de jóvenes en su seguimiento, ha visto morir a varios de ellos en la tarea, que ha luchado contra los poderes eclesiásticos, civiles, corporativos para hacer avanzar lo que él pensaba ser la obra de Dios para la salvación de los hijos de los artesanos y de los pobres, y que se pregunta si no habrá errado de camino de su vida! Estas reflexiones son dolorosas y fuertemente desestabilizadoras. Surgen después de casi dos años de dificultades que terminan en fracasos. Sobre todo, parece rota la comunión con numerosos Hermanos que cuentan mucho para Juan Bautista de La Salle. ¿Con quién permanece ahora en Sociedad? ¿Cuál es el alcance del Voto de 1691? ¿Y el de 1694?

También sabe de sobra que querer emprender un nuevo comienzo, “recomenzar su vida”, carece de sentido. La fe en sí mismo, la fe en los demás, en sus Hermanos, la fe en el Otro, se ve turbada. Dicho de otra manera la espiritualidad, lo que da sentido y coherencia a la vida, queda afectada.

⁴⁰ En 1720, este obispo será uno de los héroes de la última epidemia de peste conocida en Francia, epidemia que se desarrollará a partir de Marsella.

⁴¹ Blain II. (CL 8), p. 88.

⁴² Blain II. (CL 8), p. 93.

⁴³ Blain II. (CL 8), p. 93 – 94.

⁴⁴ Blain II. (CL 8), p. 96.

Dios ya no le decía nada

En este desamparo existencial, “Dios ya no le decía nada”⁴⁵. Esta expresión se puede entender de dos maneras: Dios ya no le hablaba, y ya no le encuentra gusto a estar con Dios. Juan Bautista de La Salle se ve constreñido a la fe pura, a la confianza absoluta. Pero ¿puede uno mantenerse así, cuando Dios calla? Elige el alejarse, pensando que su presencia física es en el fondo la causa de las dificultades encontradas en Marsella. Se va al convento de Saint-Maximin (un convento de Dominicos), cerca de la Sainte-Baume, célebre eremitorio y lugar de peregrinación que habría servido de refugio a Santa María Magdalena.

En efecto, se retiró a una ermita alejada diez o doce leguas de la ciudad. Allá, elevado sobre sí mismo y todo lo creado, se encontró como sobre esas montañas donde los vientos y las tempestades no hacen ya ruido, en una calma profunda y una dulce tranquilidad. Allá, aplicado a Dios solo, olvidó todo lo demás; si sus pensamientos lo llevaban en medio de sus Hermanos o de sus perseguidores, era para rogar a Dios por ellos, y suplicar a su Majestad sostener a los unos y convertir a los otros. Las injurias y los ultrajes no habían dejado en su alma más huellas que las que una perfecta caridad conserva hacia enemigos amados en Dios y por Dios. Este santo Varón encontraba ya su Tabor en este desierto, y decía como san Pedro: *¡Ah, Señor, qué bueno es estar aquí!* Disfrutaba allí de una gran paz y de una calma que le hacía desear terminar allí sus días, desconocido de los hombres; pero no estaba al final de sus trabajos, Dios le destinaba otros nuevos para el resto de su vida⁴⁶.

Otras tres o cuatro veces más, sentirá esa tentación del retiro, lejos del mundo, lejos de las encrucijadas de la vida, lejos de la preocupación de guiar un Instituto, unos Hermanos, de enfrentar opositores. En Mende, después de este episodio de Sainte-Baume, donde unas piadosas Damas tienen un establecimiento para las hijas de los Reformados y le proponen de quedarse con ellas, como capellán. Blain dice que el Hermano Timothée “encontró al santo Fundador en un alojamiento que le había hecho preparar la Señorita de Saint-Denis, donde vivía como en un verdadero desierto”⁴⁷. Estando en Grenoble, hace una visita de tres días a la Grande Chartreuse⁴⁸

Edificado por el silencio y el recogimiento que reinaba entre estos solitarios, se inflamaba su inclinación por el retiro, y deseaba terminar sus días entre ellos. El santo Sacerdote fue recibido con gran bondad, pero no con esas muestras de distinción que se tiene costumbre de dar en esta casa a los canónigos de Reims, porque él dejó ignorar que había sido honrado con esta dignidad, y no permitió a su Hermano que lo acompañaba comentarlo. Entre todos los lugares de devoción de esta santa laura, que La Salle visitó, su corazón se detuvo en la ermita de san Bruno. La relación que tenía con este santo, lo enterneció; y si hubiera seguido su inclinación, hubiera escondido en la cavidad de este mismo peñasco a un segundo canónigo de Reims. Hubo que violentar su piedad para salir de allí, pero si retiró su cuerpo, dejó allí su espíritu.

Podemos también mencionar, aunque la matiz es muy diferente, el refugio que encontró en “el lugar más alejado y más elevado de la casa”, en el cual se entrega a la oración, una “oración que no tiene más medida que la del día”⁴⁹. Pero el contexto es el de la vida comunitaria.

Finalmente, después de haber soportado un tratamiento radical contra el reumatismo que lo aquejaba, va a reposar en casa de un amigo sacerdote, Yse de Saléon, en Tullins pueblecito donde,

⁴⁵ Blain II. (CL 8), p. 96.

⁴⁶ Blain II. (CL 8), p. 97.

⁴⁷ Blain II. (CL 8), p. 98 – 99.

⁴⁸ Blain II. (CL 8), p. 100.

⁴⁹ Blain II. (CL 8), p. 99

algo alejado, está instalado sobre la colina de Parmenia (Permeigne) el eremitorio de sor Luisa⁵⁰. Ésta debe disuadirlo de esa tentación de la vida eremítica para acabar su existencia:

El santo Sacerdote le confesó que tenía un gran deseo de pasar el resto de sus días en la soledad que le atraía tanto, y de no pensar sino en Dios y en él mismo. *Esa no es la voluntad de Dios*, replicó Luisa, *no hay que abandonar la familia de la que Dios lo ha hecho padre. El trabajo es su porción, es preciso perseverar hasta el fin de sus días, uniendo como usted ha comenzado, la vida de Magdalena con la de Marta.*

Juan Bautista de La Salle parece buscar su vocación, lejos de los Hermanos, en la soledad, o bien consagrándose “a la conversión de los pecadores”⁵¹. Sor Luisa le hace caer en la cuenta de que ya la ha encontrado: su lugar está entre sus Hermanos.

Comunidad y Misión, o el Dios reencontrado

En la comunidad de Grenoble es donde Juan Bautista de La Salle reencuentra el sentido de su vida. Parece que es una comunidad donde da gusto vivir:

De Mende fue a Grenoble, donde creyó encontrar otro cielo y otra tierra, al encontrar una calma profunda. Los Hermanos que estaban allí supieron conocer su tesoro y gozarlo. Complacidos de poseer a su padre perseguido en Provenza por más de uno de sus hijos, sin hablar de los extraños, trataron, con sus afectos y atenciones, de resarcirlo de las penas que le habían causado estos ingratos. Como pago, resolvió prolongar su morada con ellos lo más que le fuera posible. Todo lo convidaba a hacerlo: el buen corazón de sus Hermanos, la paz que reinaba entre ellos, la soledad de la casa, y la vida oculta y retirada que él llevaba allí⁵².

El Hermano Director de esta comunidad es quizás el Hermano Jean Jacquot, uno de los doce firmantes de los votos de 1694 y del acta de elección del 7 de enero de 1694, uno de los fieles de los comienzos en Reims y en París. Esto quizás lo explica. Juan Bautista de La Salle remplaza en su clase a un Hermano enviado, según parece, en misión hacia las comunidades del Norte de Francia. Es la ocasión para un contacto directo con los hijos de los artesanos y los pobres y la misión específica del Instituto:

Se veía a este Doctor, este antiguo canónigo de Reims, jefe de la Congregación, considerar un honor, un placer, un deber, el instruir a los niños, enseñar a los pequeños el A, B, C, a otros la lectura y escritura, y a todos las primeras lecciones de la Doctrina cristiana. La actitud con que ejercía este oficio, hacía sentir bastante el gusto que le proporcionaba y la atención que tenía en practicar las diferentes virtudes, de las que una escuela proporciona ocasiones cada momento.

Si hacía distinción entre los escolares, era a favor de los más pobres. Su inclinación por ellos se notaba por la pena que se daba en hacerlos avanzar en la lectura y en la escritura, porque –decía– eso les es muy necesario. De esta manera era como su humildad sabía esconder su caridad. Su celo por ellos los privilegiaba aún más en los catecismos que les daba todos los días; y si algunos tenían la preferencia sobre los otros, eran los más ignorantes. Como éstos son ordinariamente abandonados a su necedad natural, o a su ligereza de espíritu, por maestros poco celosos y caritativos, ellos se convierten en el objeto de su predilección y el ejercicio de su paciencia.

Dios quiso bendecir sus cuidados y hacer ver que un celo suave y paciente lleva a cabo todo, y sabe hacer milagros en los espíritus más torpes e ignorantes; porque les enseñó las verdades de la

⁵⁰ Blain II. (CL 8), p. 103 – 105.

⁵¹ Blain II. (CL 8), p. 99.

⁵² Blain II. (CL 8), p. 99.

religión, y los adelantó en la lectura y escritura. Este es un gran ejemplo que tienen para imitar todas las personas encargadas del cuidado de la juventud⁵³.

Un cierto número de comentarios del biógrafo sobre las aptitudes del Maestro emanan directamente de la Guía de las Escuelas: celo, paciencia, mansedumbre del maestro, su atención a los más pobres, a los más ignorantes, a los más estúpidos, el cuidado dedicado a la formación cristiana de los niños, la importancia de los conocimientos básicos: lectura y escritura, “eso es muy necesario”. En cuanto a la conclusión de Blain, sobre las características específicas de una escuela verdaderamente cristiana (o lasaliana: ¡aunque no se podía emplear ese adjetivo en aquella época!): “Si no se tiene cuidado, el amor propio se da por satisfecho en una escuela como en cualquier otra parte, y el espíritu natural domina. Se deja de lado a los más pobres, los más estúpidos, los más ignorantes y a aquellos que naturalmente causan fastidio y no se atiende más que a aquellos que agradan”; ¡sigue siendo válida para todos nuestros centros educativos hoy en día!

La oración continua del Fundador desemboca también en el trabajo al servicio de los Hermanos y de las Escuelas, mediante la composición o la revisión de obras:

La única distracción que se permitió fue la composición de varias obras de piedad tanto para la instrucción de la juventud como para la utilidad de sus discípulos. Retocó una vez más el libro de los Deberes de un cristiano, del que dio, en ese tiempo, una edición más exacta⁵⁴.

Blain concluye este pasaje señalando que la calma ha vuelto a las comunidades de la Provenza; que el Señor de La Salle acompaña a los Hermanos mediante el envío de cartas y el paso de Hermanos Visitadores.

Una comunidad equilibrada, que vive bien su misión para con los niños de Grenoble, un Hermano Director que comparte, desde hace tiempo, el proceso de Juan Bautista de La Salle, una misión muy precisa (y puntual) con los niños de la escuela de la parroquia Saint-Laurent pero que le permite encontrarse en contacto directo con la realidad del empleo de los Hermanos, un servicio al conjunto del Instituto y de su misión mediante la redacción de obras espirituales o prácticas: he ahí como el Señor de La Salle puede de nuevo conversar con ese Dios que, poco tiempo antes, ya no le decía nada.

Prometo y hago voto de unirme y permanecer en Sociedad con ... para ...

Hasta aquí, hemos observado sobre todo la crisis vivida por Juan Bautista de La Salle, en sus relaciones con un cierto número de autoridades civiles o eclesiásticas, en sus relaciones con los Hermanos, Juan Bautista de La Salle que se interroga sobre su papel y su lugar en lo que se ha convertido en el Instituto de los Hermanos. Falta por analizar la otra crisis, aún más esencial para nosotros Hermanos y asociados de hoy: la que viven las Comunidades de Paris y de su región, con la nueva manera de “unirse y permanecer en sociedad” que se trata de implementar.

“Yo prometo y hago voto de unirme y permanecer en Sociedad con,... para ...”: esta frase de la fórmula de votos de 1694, la seguimos siempre pronunciando⁵⁵. Quisiera señalar tres aspectos:

- es un “yo” quien habla, una persona singular que se compromete;
- quiere “unirse y permanecer”, son verbos, acciones, no un estatuto que se ratifica después de haber participado en la asamblea general constitutiva;

⁵³ Blain II. (CL 8), p. 101

⁵⁴ Blain II. (CL 8), p. 102. Esta edición corregida fue rechazada por los censores y no ha llegado hasta nosotros.

⁵⁵ Salvo que desdichadamente ya no decimos: “y hago voto...”.

- se trata de “permanecer en Sociedad”, lo cual indica a la vez la permanencia y una especie de vida común o compartida, en dicha Sociedad que, una vez más no se define por estatutos, sino por personas: “con”; y por un proyecto: “para tener...”

Será sobre esta base establecida en 1694, sobre la que el Instituto, Juan Bautista de La Salle y los Hermanos, van a construir el futuro de los “asociados para tener las escuelas gratuitas”. La asociación es una palabra abstracta, cargada de connotaciones jurídicas, “asociados” remite a personas, a individuos vivos.

El origen de la crisis vivida por Juan Bautista de La Salle y el Instituto después de 1712, se encuentra en París. Blain consagra todo un capítulo a “Lo que sucedió en Francia durante la ausencia del Sr. de La Salle”⁵⁶. De hecho, más allá del pleito Clément, insiste sobre las apuestas de este periodo de la historia del Instituto, y muestra como el mismo saldrá de ahí con su rostro definitivo.

La precipitada salida Juan Bautista de La Salle hacia el Sur de Francia durante la primera semana de Cuaresma de 1712 deja a los Hermanos de París sin dirección ni orientación. Blain lo señala, manifestando a la vez su perplejidad ante semejante actitud, al principio de Capítulo XII del Libro 3º de su biografía:

Si estuviera permitido juzgar las acciones de los santos, que tienen principios de conducta muy diferentes a los otros hombres, y a menudo, obrando contra las reglas ordinarias de la prudencia humana, siguen los movimientos del Espíritu Santo, estaría uno tentado de reprobar la huida tan precipitada y furtiva de Juan Bautista de La Salle a Provenza, porque causó muchos desórdenes en su Instituto y lo acercó a su ruina.

En efecto, parece que el santo Sacerdote, antes de tomar esta resolución, o antes de partir de París, o al menos después de su llegada a Provenza, debiera haber advertido a los Hermanos, señalarles el lugar adonde deberían escribirle, responderles, y gobernarlos por cartas desde el lugar de su retiro; en fin, nombrarles a quien él juzgaba apto para tomar su puesto en París, y a quien debían honrar en su ausencia en calidad de Superior.

El Siervo de Dios no hizo nada de todo eso. Fue a esconderse en las provincias alejadas, sin querer revelar a nadie a dónde iba. Allí se mantuvo desconocido, y dejó sin respuesta las cartas que recibía de los Hermanos. No designó a nadie para remplazarlo durante su ausencia. Finalmente, permaneció con respecto a los Hermanos de Francia, sin vida, sin movimiento, y como un hombre muerto⁵⁷.

Sabemos también que las incomprensiones entre él y el Hermano Bartolomé condujeron a una pérdida de confianza (provisional) del Señor de La Salle para con este Hermano. Blain señala cuatro efectos negativos del comportamiento del Señor de La Salle:

El primero fue, que si bien no hubo disputa entre los Hermanos como entre los Apóstoles sobre quién era o quién debería ser el primero, hubo dudas sobre a quién se debía obedecer. La Salle no habiéndose expresado, no había regla segura al respecto.

El segundo desorden, que salió del primero, fue que la falta de un superior indiscutible, dejó muchas faltas impunes y puso a los indóciles a cubierto de la corrección.

El tercer inconveniente fue que algunos Hermanos de poca virtud y de vocación vacilante, considerando su estado como incierto y flotante, lo abandonaron; y otros, sospechando que el Fundador también había abandonado el Instituto, se creyeron con derecho de imitar su ejemplo.

El cuarto desorden fue aún más funesto, porque dio lugar a otra forma de gobierno, que el rival de La Salle, del que hemos hablado tanto, supo al fin introducir en esta nueva Sociedad. Eso había hecho que el Instituto, estremecido hasta en sus fundamentos, amenazara ruina. Su caída había

⁵⁶ Blain II. (CL 8), Capítulo XII.

⁵⁷ Blain II. (CL 8), p. 107-108

incluso comenzado ya; y es una especie de milagro que se haya levantado con más brillo y con más éxito que nunca⁵⁸.

Los tres primeros desórdenes afectan a la vida interna de la comunidad y a las relaciones entre sus miembros. Pero el cuarto atañe al fondo: se trata de una “nueva sociedad” que pone en tela de juicio las opciones de 1694 (votos y elección del Superior). Más adelante, Blain hace precisar por medio del “rival” el perfil de la organización que propone:

Según este pretendido sistema: 1. Los Hermanos debían tener un Superior exterior apto para conducirlos a la manera de las religiosas, que tienen un superior externo. 2. La casa de París debía constituir una Sociedad especial y dependiente completamente de este superior eclesiástico. 3. El noviciado debía suprimirse por inútil y demasiado oneroso, porque costaba mucho para educar y alimentar tantos novicios; además, no se necesitaban para París, puesto que los Hermanos debían ser estables, como voy a decirlo. 4. Los Hermanos debían permanecer todos en sus puestos y ser estables, sin poder ser cambiados. 5. Para reparar la pérdida de los que la muerte podría llevarse, o de los que se salieran por su cuenta, o de los que fuera necesario enviar en caso de desorden, se proponía tener uno, dos o tres novicios más o menos en cada casa, según sus ingresos y sus necesidades⁵⁹.

Este sistema conduce a un repliegue de cada comunidad sobre la obra a la que está ligada y la convierte en un agente al servicio exclusivo de la parroquia (o de la ciudad) que la emplea. Ello conduce a una fragmentación de la Sociedad de las Escuelas Cristianas en tantas pequeñas entidades como comunidades existen. El Instituto, como cuerpo social, ya no está al servicio de la “Iglesia”, sino al de las “Iglesias locales” que son las parroquias. El análisis de Blain lo explicita claramente:

Se quería hacer de la Sociedad de los Hermanos pequeños cuerpos desmembrados, sin subordinación a un jefe común, y sin otra dependencia que del superior del lugar, aproximadamente como hacen cantidad de Comunidades de maestras de escuelas que se multiplican hoy en día en Francia, y que cada obispo establece o deja establecer para su diócesis particular⁶⁰.

Es verdad que el modelo de funcionamiento propuesto era por cierto uno de los posibles, en el sistema eclesial y social de la época. En varias ocasiones, los Hermanos pudieron verse tentados a seguirlo (Reims, crisis de 1702). Pero no era lo que habían elegido en 1694. En 1699, cuando el Señor de La Salle se ve requerido por el obispo Godet de Marets para enviar Hermanos a Chartres, por lo tanto fuera del radio de acción de la joven comunidad (Reims, París), fue verdaderamente “por asociación” como deciden realizar este paso decisivo, el cual compromete toda la continuación del funcionamiento de la Sociedad:

El humilde Superior quiso tener el consentimiento de los Hermanos, antes de prometer personal al señor Obispo de Chartres. En la asamblea que reunió, les expuso la propuesta del ilustre Prelado, y, después de haber hecho el elogio de su eminente piedad y de su celo ardiente por la religión, los dejó concluir y decidir a su voluntad. Los Hermanos, sensibles al honor que les hacía un santo Obispo, que los defensores de la sana y antigua doctrina honraban como el escudo de la fe en Francia, se ofrecieron a cual más a su Superior para recibir su misión⁶¹.

Este procedimiento de la asamblea comunitaria para abrir una nueva comunidad es excepcional; no lo vemos más a continuación, en los relatos de los biógrafos. Juan Bautista de La Salle tenía ciertamente conciencia de la novedad que representaba, para un cierto número de Hermanos, la

⁵⁸ Blain II. (CL 8), p. 108

⁵⁹ Blain II. (CL 8), p. 111.

⁶⁰ Blain II. (CL 8), p. 112.

⁶¹ Blain II. (CL 7), p. 370.

salida de los campos apostólicos conocidos. De este modo aprenden a reconocerse como Hermanos universales antes que como Hermanos de las escuelas parroquiales.

Además, la elección de un Superior eclesiástico, multiplicada para cada Casa, contradice la decisión de los doce, del 7 de Junio de 1694:

Declaramos también que pretendemos que la presente elección que hemos realizado en la persona del dicho Señor de La Salle como Superior, no tenga con posterioridad ninguna consecuencia. Ya que es nuestra intención que después de él, en el futuro y para siempre, no haya ni se reciba entre nosotros, si se elija por Superior a ninguno que sea sacerdote o que haya recibido las sagradas órdenes; y que ni siquiera, admitiremos, ningún Superior que no se haya asociado y haya hecho voto como nosotros, como todos aquellos que se asociarán con nosotros en adelante.

Blain comenta muy justamente, a propósito de los cambios impuestos por el “rival del Sr. de La Salle”:

Como La Salle, penetrando en el porvenir, había previsto que este caso podía suceder, había comprometido a los Hermanos, como se ha visto antes, a estatuir que no elegirían después de su muerte, sino a uno de ellos por superior. Había tenido en vistas este artículo, cuando había querido varias veces dimitirse del superiorato, y obligar a los Hermanos a escoger uno de su cuerpo para sucederle. Quería ver este punto, que le parecía esencial, puesto en ejecución mientras vivía, con el fin de que, después de su muerte no tuvieran dificultades⁶².

Los Hermanos más antiguos tratan de detener los sucesivos avances del “rival”. Primeramente se contentan con el statu quo, por cuanto el que se pretende “Superior” no realiza ningún acto de autoridad. Pero el mismo, como consecuencia de una debilidad del Hermano Bartolomé o de su falta de sagacidad o quizás por que no puede actuar de otro modo, logra hacer inscribir en el registro de la comunidad la realidad de su poder de “Superior”:

Ustedes me llaman su Superior, dijo un día, sería necesario dar muestras. Y temiendo que los Hermanos no entendieran sus palabras, añadió: que deseaba que se levantara un Acta, y que después de haberla hecho firmar de los Hermanos, se la pusiera en el Registro de la casa. Este artículo era importante e interesaba esencialmente al Instituto.

Era, pues, importante no escuchar esta proposición, y no se puede excusar de debilidad al Hermano Bartolomé por haber consentido⁶³

Recordemos que el Hermano Bartolomé entró en el Instituto en 1703, a la edad de 25 años. Realizó estudios secundarios con los Jesuitas de Douai, recibió la tonsura y estudió teología. Hizo un intento de vida religiosa en la Trapa, con el abad de Rancé, luego con los canónigos regulares, antes de entrar en el Noviciado de la Grand’Maison. Su formación y su horizonte son pues bastante diferentes de los de la mayoría de los otros Hermanos. Sobre todo no ha vivido los años sucesivos y ricos de 1691-1702, cuando la Comunidad se procuró una imagen original y fecunda mediante una consagración a Dios y una búsqueda de la santidad, por y en la misión: “para tener las escuelas gratuitas”.

Como el “Superior” eclesiástico pretende realizar cambios importantes en la organización del Instituto (con el fin de salvaguardar su espacio de París, al estar las otras Casas, en otras diócesis, fuera de su alcance), los Hermanos Antiguos reaccionan pidiendo una consulta a todos los Hermanos⁶⁴. De igual modo protestan sobre el fondo mismo de esas nuevas orientaciones, señalando que eso es contrario a lo que ellos habían elegido vivir:

⁶² Blain II. (CL 8), p. 113.

⁶³ Blain II. (CL 8), p. 113.

⁶⁴ Blain II. (CL 8), p. 114.

Varios de los principales Hermanos más lúcidos que los otros, y más informados de su establecimiento y de la manera de dirigirlo, murmuraban en voz alta y se quejaron de que el servicio que se había pretendido hacerles, era el golpe mortal a su Sociedad. Decían: ¿cuál es el fin de la nueva forma de gobierno que se introdujo? ¿Se quiere despojar al Fundador del derecho a gobernar su Instituto, y cerrarle a su regreso la puerta de todas las casas que él mismo ha edificado? ¿Se quiere sostener, durante su ausencia, a los Hermanos en su primer espíritu, y conservar como en depósito su Instituto, con el fin de que lo encuentre cuando vuelva, tal como lo dejó? ¿Se quiere dar a su obra una mejor forma, corrigiendo los defectos y reparando los fundamentos, o creando una nueva sobre las ruinas de éste? Cualquiera sea que se le dé a los cambios que se introducen, no se les puede mirar sino como una novedad perniciosa que la malicia da a luz, o al menos que un falso celo concibe⁶⁵.

La mayor parte de los “Superiores” locales nombrados después de una carta circular del Hermano Bartolomé a las diversas Casas (Blain es elegido para Rouen), procuran dejar las cosas como estaban y contribuyen a evitar la fragmentación del Instituto. Sin embargo, el riesgo permanece, pues las personas cambian, pueden sobrevenir muertes, que cambiarían el frágil equilibrio. Algunos Hermanos, además, ya no se reconocen en esa situación y se sienten molestos. Algunos deben ser expulsados de la Sociedad por una asamblea de los “principales Hermanos”:

Los principales de entre los Hermanos quisieron hacer algo ejemplar (une exemple)⁶⁶, con el fin de que el escándalo no fuese a más. Se reunieron en asamblea y vomitaron de su seno a estos soberbios, que hubieran podido más tarde comunicar a otros el veneno mortal de la independencia, y causar los más grandes desórdenes⁶⁷.

Pero las cosas fueron más allá de lo que deja entrever ese relato del Libro 3º, capítulo 12 de Blain. Se llegó incluso a una revisión de la Regla, por una asamblea de Hermanos, que tomaría en cuenta los cambios mencionados anteriormente. El Grand-Vicaire de París, encargado de estudiar el dossier, después de siete u ocho meses de estudio, devuelve el texto el 4 de abril de 1714, pidiendo a los Hermanos (y al Superior eclesiástico), no cambiar nada:

Las mantuvo siete a ocho meses, tiempo durante el cual sobrevino en París el alboroto relacionado con la Constitución *Unigenitus*, y el rechazo de su Eminencia a aceptarla. Trascorrido este tiempo, el Abate Vivant devolvió al Abate de Brou los papeles que le habían encargado, con una carta fechada el 4 de abril de 1714, que contiene estas palabras:

“Su Eminencia no juzga conveniente que sea decidido nada, ni firmado en su nombre, ni sobre los reglamentos, si sobre los cambios que se quisieran hacer a los reglamentos. Él se apoya en su sabiduría de buen gobernante de las Escuelas de que se ocupa, y confía mucho que bajo una dirección tan sabia, la piedad y la paz florezcan en ellas”⁶⁸.

La imagen que ha tomado el Instituto, con la vuelta del Señor de La Salle y luego la elección del Hermano Bartolomé como Primer Superior General de la Sociedad, no está pues tan clara como parece para muchos Hermanos. Las dudas sobre la manera como el Instituto debía y podía situarse en la Iglesia de entonces fueron permanentes. Finalmente, “los principales Hermanos” de París, de Versailles y Saint-Denis, sin duda los mismos que participaron en aquella asamblea donde se propusieron cambios en las Reglas y en el gobierno del Instituto, toman la palabra y deciden remitir una carta colectiva al Señor de La Salle.

⁶⁵ Blain II. (CL 8), p. 115-116.

⁶⁶ En francés clásico, “exemple” puede ser femenino

⁶⁷ Blain II. (CL 8), p. 111.

⁶⁸ Blain II. (CL 8), p. 149.

Treinta años después: la palabra de una comunidad de consagrados

Señor y padre nuestro:

Nosotros, principales Hermanos de las Escuelas Cristianas, preocupados por la mayor gloria de Dios y el mayor bien de la Iglesia y de nuestra Sociedad, reconocemos que es de capital importancia el que vuelva a tomar las riendas y el cuidado de esta obra de Dios que lo es también suya, puesto que ha sido del agrado del Señor el servirse de usted para fundarla y guiarla desde hace tanto tiempo.

Todos estamos convencidos de que Dios le ha dado y le da las gracias y los talentos necesarios para gobernar esta nueva Compañía, que es tan útil a la Iglesia; y es de justicia testificar ahora que usted la ha guiado siempre con mucho éxito y edificación.

Por todo ello, señor, le rogamos muy humildemente, y le ordenamos en nombre y de parte del Cuerpo de la Sociedad al que usted ha prometido obediencia, que vuelva a asumir de inmediato el gobierno general de nuestra Sociedad.

En fe de lo cual firmamos,

Hecho en París, a 1º de abril de 1714, y nos repetimos muy respetuosamente, Señor y Padre nuestro, sus humildes y obedientes inferiores.

Al inicio y al final de la historia de la fundación de los Hermanos, nos encontramos ante una palabra de Hermanos (de Maestros) que interpela al Señor de La Salle. En 1683 ó 1684, fueron los Maestros quienes interpellaron al joven canónigo: es fácil hablar del abandono a la Providencia cuando uno está bien instalado... y Juan Bautista de La Salle les respondió solidarizándose con su pobreza, sin posible vuelta atrás. Treinta años después los Hermanos incitan de nuevo al Fundador para ser solidario con ellos, hasta el final, en nombre de todo el camino recorrido juntos.

Según Blain, el texto que leemos es la segunda versión de la carta de los Hermanos. Se explica del modo siguiente en el Compendio de la vida del Hermano Bartolomé, Primer Superior General de la Sociedad de los Hermanos⁶⁹:

El Sr. de La Salle a quien la carta de los Hermanos de París y de Versailles había llamado a París, rehusando retomar el gobierno de la Sociedad y diciendo que para obligarle a ello, sería necesario que los Hermanos de la Provenza testificasen por escrito que consentían en ello, el Hermano Bartolomé escribió a dichos Hermanos para informarles del asunto y puso en su carta una copia de la de los Hermanos de París, que había hecho volver al Sr. de La Salle, con el fin de que todos los Hermanos de esos cantones la firmasen. No se habían cambiado más que algunas palabras. En lugar de *le rogamos volver*, había *le rogamos volver a asumir el gobierno de la Sociedad*. Los Hermanos de la Provenza al recibir dicha carta la reenviaron enseguida firmada a París.

Así pues la carta original decía simplemente “le rogamos volver”, en lugar de “le rogamos volver a asumir el gobierno de la Sociedad”. Esta formulación permite comprender la reacción de Juan Bautista de La Salle, referida por Blain, cuando el Fundador llega el 10 de agosto de 1714 a la Comunidad de la calle Barouillère: “Aquí me tenéis, ¿qué queréis de mi?”⁷⁰

Señor y Padre nuestro, nosotros los principales Hermanos de las Escuelas Cristianas,.../... En fe de lo cual lo hemos firmado. Hecho en París, a 1º de abril de 1714, y nos repetimos muy respetuosamente, Señor y Padre nuestro, sus humildes y obedientes inferiores.

Al principio y al final de la carta, encontramos “**Señor y Padre nuestro**”. Nos hallamos en un contexto de relaciones humanas y al interior de las mismas. Quienes se dirigen a Juan Bautista de La Salle son **los principales Hermanos**... Una categoría que no existe formalmente, pero que al menos todos los Hermanos son capaces de identificar. Son también los **obedientes inferiores**, en

⁶⁹ Blain. Abrégé. (CL 8), p. 19

⁷⁰ Blain II. (CL 8), p. 120.

virtud del voto de 1694. **Nosotros**, recuerda el voto de 1691, que empleaba un **nosotros** para dirigirse a Dios. Sin embargo ninguno de estos “principales Hermanos” hizo ese voto, ya que Nicolas Vuyard se ha salido, Gabriel Drolin está en Roma y el Señor de La Salle es el destinatario de la carta. Todo a lo largo de su carta, el aspecto comunitario es recordado mediante el empleo sistemático de la primera persona del plural: nueve veces “nosotros” o “nuestra”. Así como también mediante **Sociedad**: dos veces, **compañía, cuerpo de la Sociedad**. La palabra Comunidad no se emplea.

Tenemos aquí una síntesis de las relaciones entre los Hermanos y Juan Bautista de La Salle: una relación afectuosa, la conciencia de constituir un cuerpo, de estar comprometidos, responsables del futuro de esa comunidad; una relación jerárquica, fundada en la fe y la confianza en aquel que es el **Padre**. Todo ello por haberse asociado para una Misión. Debemos recordar que las fórmulas de votos de 1694 nombraban a cada uno de los *asociados*.

Preocupados por la mayor gloria de Dios.../... Por todo ello, señor, le rogamos muy humildemente, y le ordenamos en nombre y de parte del Cuerpo de la Sociedad al que usted ha prometido obediencia, que vuelva a asumir de inmediato el gobierno general de nuestra Sociedad.

La evocación de la **mayor gloria** de Dios remite a la Misión: **la gloria de Dios** no es nuestra gloria o nuestros logros educativos o nuestros éxitos sino las victorias de Dios en la vida de los jóvenes que nos son confiados. La **gloria de Dios** está ante nosotros y nos hace mirar el futuro.

Expresiones como: **la mayor gloria de Dios, en nombre y de parte del cuerpo de la Sociedad al que usted ha prometido obediencia**”, constituyen una lectura interiorizada de la fórmula de los votos, pronunciados juntos en 1694. También a ellas se remite el Señor de La Salle. El voto insta la Comunidad, los “asociados”, como un cuerpo social de consagrados. Detrás de eso, hay toda una historia vivida juntos, lo que han discernido, luego compartido a lo largo de los años, en Reims en primer lugar y sobre todo en París y Rouen. Su expresión brota de la historia de su consagración comunitaria y de la experiencia compartida del ministerio de la salvación vivido por la Sociedad. Pues **Sociedad** alude evidentemente a “asociados para...” así es como viven, así se han consagrado, para tener las escuelas, para realizar la obra de Dios, para corresponder a su designio de salvación, para los jóvenes y, consiguientemente, para ellos mismos.

Sabemos también las numerosas resonancias que tiene **la gloria de Dios** en la espiritualidad y el proyecto lasaliano. La gloria de Dios, es que todos los hombres se salven, que sean santos, que sean totalmente de Dios, que lleguen al conocimiento de la verdad sobre Dios, el conocimiento de sus misterios, en particular al don que Dios nos ha hecho en Jesucristo.

- * Debéis (...) tener como único fin al instruirlos el amor y la gloria de Dios. (MR. 201.2).
- * Procurad por medio de vuestro celo, dar muestras sensibles de que amáis a los que Dios os ha confiado, como Jesucristo amo a su Iglesia; haced que entren realmente en la estructura de ese edificio y que estén en condiciones de comparecer un día ante Jesucristo, llenos de gloria, sin tacha, sin arruga y sin mancha, para manifestar a los siglos venideros, las abundantes riquezas de la gracia que les hizo dándoles el auxilio de la instrucción; y a vosotros, la de instruirlos y educarlos, para ser un día los herederos del Reino de Dios y le Jesucristo Nuestro Señor. (MR 201.2).
- * Para procurarles en este mundo la vida de la gracia y en el otro la vida eterna. (MR 201.3).

La gloria de Dios se percibe y se realiza (“procurar”la) a lo largo de las existencias humanas que son los lugares de la Historia de la Salvación hoy. Especialmente se percibe y realiza en las Escuelas Cristianas, por el ministerio de aquellos que Dios ha elegido para llevar a cabo su obra:

Dios ha tenido la bondad de poner remedio a tan grave inconveniente con el establecimiento de las Escuelas Cristianas, en las que se enseña gratuitamente y sólo por la gloria de Dios. (MR 194.1).

La gloria de Dios está ligada a la gratuidad, pues el don de la fe (“pues se enseña gratuitamente”) es gratuito. Los Hermanos han integrado a su concepción de su vocación, los términos y el espíritu de la fórmula de votos: son sus expresiones las que les vienen a la mente cuando quieren expresar su relación con Juan Bautista de La Salle y situar su relación con él.

Por todo ello: siempre la fórmula de votos. La gloria de Dios conduce a un compromiso concreto. Lo tienen muy en cuenta en esa perspectiva profundamente lasaliana: el vínculo entre el impulso hacia Dios y el proveniente de Dios, con su realización en el tejido de la vida cotidiana, en la historia de las Escuelas Cristianas, en su experiencia comunitaria.

El mayor bien de la Iglesia y de nuestra Sociedad, reconocemos que es de capital importancia el que vuelva a tomar las riendas y el cuidado de esta obra de Dios que lo es también suya .../... que es tan útil a la Iglesia; y es de justicia testificar ahora que usted la ha guiado siempre con mucho éxito y edificación.

Los Hermanos subrayan la ubicación de su Comunidad en el ministerio de la Iglesia: “**El mayor bien de la Iglesia y de nuestra Sociedad**” (esta nueva compañía) “**que es tan útil a la Iglesia**”. La comunidad de los Hermanos no está aislada de la Iglesia: tiene su lugar en la común obra de salvación. La Iglesia es el lugar y la manera por los cuales Dios ha querido seguir presente entre los hombres. La Iglesia, otro tema lasaliano esencial:

* Que el cuidado de instruir a la juventud es uno de los empleos más necesarios en la Iglesia (MR 199. Título).

* De lo que debe hacerse para lograr que vuestro ministerio sea útil a la Iglesia. (MR 200. Título).

El empleo, el ministerio útil a la Iglesia, el mayor bien, es el cuidado de instruir a la juventud, tal como esta Sociedad, esta nueva compañía lo ha puesto en práctica, bajo la guía de Juan Bautista de La Salle. Porque la “**Santa obra de Dios**”, más allá de la guía de la compañía, es instruir a la juventud. Notemos otra vez que “**tomar las riendas, tener cuidado de, guiarla, la obra de Dios, su obra**” son expresiones características del vocabulario lasaliano. “**La gran utilidad para la Iglesia, el mayor bien de la Iglesia**” son descritos a lo largo de las MR 199 & 200:

Poner los fundamentos del edificio de la Iglesia, instruir a los niños en el misterio de la Santísima Trinidad y en los que Jesucristo realizó cuando estaba sobre la tierra...

Estar destinados por ella (la Iglesia) a un empleo tan santo y excelente, y os ha elegido para transmitir a los niños el conocimiento de nuestra religión y el espíritu del cristianismo. (MR 199.1).

Para eso os ha enviado Jesucristo y os emplea la Iglesia de la que sois ministros (anunciar el Evangelio del Reino de Dios). (MR 199.2).

Es eso también, lo que debe impulsaros a estimar muy particularmente la instrucción y la educación cristiana de los niños, porque es un medio para lograr que lleguen a ser verdaderos hijos de Dios, y ciudadanos del cielo, y constituye, propiamente, la base y el apoyo de su piedad y de todos los demás bienes que se realizan en la Iglesia. (MR 199.3).

En vuestro empleo tenéis que trabajar en el edificio de la Iglesia sobre el cimiento que pusieron los santos apóstoles, instruyendo a los niños que Dios ha confiado a vuestros cuidados, de modo que formen parte de ese edificio...

Así pues, vosotros que habéis sucedido a los apóstoles en su empleo de catequizar e instruir a los pobres, si queréis que vuestro ministerio sea tan útil a la Iglesia como puede serlo, debéis darles el catecismo todos los días, enseñándoles las verdades fundamentales de nuestra religión. (MR 200.1).

El ministerio de Fundador

El ministerio específico de Juan Bautista de La Salle no es idéntico al de los Hermanos: su ministerio atañe a la animación y la vida de la Comunidad o de la Sociedad; para ellos, como para nosotros hoy es la Escuela Cristiana (La educación cristiana), ministerio de salvación integrado en el de la Iglesia.

Al situar la obra de Dios, el ministerio de Juan Bautista de La Salle, en la Iglesia, los Hermanos hacen una lectura de su propio ministerio y de su existencia como Sociedad: en la Iglesia, lugar y momento de la Historia de la Salvación de Dios que continúa realizándose. Le dicen al Señor de La Salle que para él como para ellos, la existencia de su Comunidad es indisociable de la misión eclesial. Se conciben a sí mismos como porción de la Iglesia, como lugar en el cual en la fe, Dios habla, actúa, asume la causa de su pueblo, se constituye en un Pueblo de rescatados.

Esta es la obra que es **“la santa obra de Dios”**. A la vez el carisma y el ministerio de Juan Bautista de La Salle, para la Comunidad y los carismas y los ministerios que los Hermanos ejercen a partir del conocimiento de las necesidades de los jóvenes y de la Iglesia y de su Comunidad. Los Hermanos, contemplando su itinerario juntos, ven y expresan el lugar así como también el papel determinante de Juan Bautista de La Salle, como realizador del proyecto de Dios: **“esta obra de Dios que lo es también suya, usted la ha guiado siempre con mucho éxito y edificación”**. Reconocen plenamente la vocación de Fundador y de Guía de los Hermanos y la manera como lo ha vivido con ellos y para ellos.

Puesto que ha sido del agrado del Señor el servirse de usted para fundarla y guiarla desde hace tanto tiempo.../... que Dios le ha dado y le da las gracias y los talentos necesarios para gobernar esta nueva Compañía.

Lo que Juan Bautista de La Salle ha vivido es comprendido como **la santa obra de Dios**. Dios anda mezclado en ello, es el origen y la culminación: **la mayor gloria de Dios, la santa obra de Dios, ha sido del agrado del Señor el servirse de usted, Dios le ha dado y le da siempre...** Dios está presente, en esta obra, en esta Historia, en esta compañía.

Establecer, guiar desde hace tanto tiempo, los talentos necesarios para gobernarla bien: he ahí los dones que Dios ha dado a Juan Bautista de La Salle para que desempeñe su obra en la Iglesia, **para esta nueva compañía**, para la utilidad y el bien de su Iglesia. Los Hermanos subrayan la duración y la permanencia de este don de Dios: **desde hace tanto tiempo, Dios le ha dado y le da las gracias**. Tenemos que regresar nuevamente a las Meditaciones para el Tiempo del Retiro con el fin de ver cómo y por qué Dios actúa:

- * Dios quiere que todos los hombres sean instruidos, para que sus mentes sean iluminadas con las luces de la fe. (MR 193.1).
- * Corresponde, pues, a la Providencia de Dios... vosotros, pues, a quienes Dios ha llamado a este ministerio... (MR 193.2).
- * Dios... os ha constituido ministros suyos... (MR 193.3).
- * Haya tenido la bondad e servirse de vosotros para procurar a los niños tan grandes beneficios (MR 194.1).
- * Vosotros sois los embajadores y los ministros de Jesucristo en el empleo que ejercéis, tenéis que desempeñarlo como representando al mismo Jesucristo. (MR 195.2).
- * Vosotros a quienes Jesucristo escogió entre otros muchos para ser sus cooperadores en la salvación de las almas... (MR 196.2).

* Es gran don de Dios la gracia que os ha hecho al encargaros de instruir a los niños, anunciarles el Evangelio y educarlos en el espíritu de la religión (...) es la obra de Dios. (MR 201.1).

Este vínculo establecido por Juan Bautista de La Salle, en sus Meditaciones, entre el ministerio del Hermano y la presencia activa de Dios en su obra, los Hermanos lo reconocen en la vida de su Fundador. La fundación de la Sociedad de los Hermanos es entendida como un acto salvífico en el cual Dios habla y se da a conocer.

Todos estamos convencidos

En el núcleo de esta carta: la Comunidad (**todos**), repite su confianza fundamental en la presencia de Dios en la obra desempeñada por el Señor de La Salle, desde hace tanto tiempo. Por lo que han vivido juntos, por lo que queda por vivir, teniendo en cuenta que la Comunidad es parte de la Iglesia, a la que ayuda en la construcción del Reino.

Los Hermanos reconocen que Dios ha estado y está siempre presente en esa obra, que Juan Bautista de La Salle ha respondido fielmente a lo que Dios le pedía. Ha sabido escucharlo, reconocer sus llamamientos en la situación de los pobres, oír su voz en la de los hijos de los artesanos y de los pobres, encontrar las respuestas adaptadas y coherentes para ese designio. Ha respondido con fe, discerniendo las huellas de Dios en esa historia comunitaria de las escuelas cristianas, con hombres que se han unido a él.

Todo a lo largo de su carta, los Hermanos muestran que han interiorizado la enseñanza espiritual y la visión de su Padre, así como el proceso vivido con él, desde hace más de treinta años. Con frecuencia, su expresión está muy próxima a la de las meditaciones para el Retiro y las diversas fórmulas de votos. Si los Hermanos emplean este lenguaje, es que están en íntima comunión, de pensamiento y corazón, con Juan Bautista de La Salle, porque es ese mismo lenguaje el que han practicado a lo largo de su itinerario y de sus intercambios comunitarios. De igual modo el Señor de La Salle puede continuar reconociéndose en su manera de vivir, de hablar, de rezar, de pensar, de comprender y releer la acción de Dios en las Escuelas Cristianas y en su Sociedad.

Dios ha conducido a Juan Bautista de La Salle al Desierto, y el Señor de La Salle lo ha encontrado en la Tierra Prometida de la Comunidad: Grenoble, la carta de los Hermanos de París. La palabra de la Comunidad pone luz en su vida. En este acontecimiento, los papeles se han invertido un tanto: quienes recibían de él la luz en sus existencias, ahora lo hacen en la vida del Fundador, de tal modo han asimilado el proyecto de salvación con él que su palabra puede llegar a ser signo.

Juan Bautista de La Salle había dudado de sí mismo al ver que los esfuerzos de toda su vida para fundar el Instituto parecían desembocar en el vacío. Habían tratado de hacer existir ese Cuerpo y éste pareció dislocarse. Habían profesado la asociación y ella estallaba en comunidades aisladas. Más profundamente, algo parecía haberse quebrado en las relaciones entre Juan Bautista de La Salle y varios Hermanos, así como con la obra que habían realizado juntos, hasta entonces. Había tratado de ser un verdadero Padre, y se vio inducido a creerse incapaz de gobernar, rechazado por sus hijos. Pero he aquí que el Instituto existe por sí mismo: sus miembros se reúnen por propia iniciativa, el Cuerpo está vivo, quiere enfrentar los problemas que se le plantean, se manifiesta tomando la palabra. La asociación resiste: en su nombre se reúnen los Hermanos; se apoyan sobre ella para hacer volver a su Fundador. La Comunidad es capaz de releer y de comprender su Historia, con él, y restituírsela. Es capaz de comprender su propio compromiso, y el, singular, del Fundador, como un ministerio otorgado por Dios.

No está solo. Sigue siendo uno de ellos. Los Hermanos, siguiendo a Juan Bautista de La Salle, hacen una lectura mística de su Historia: Dios, su proyecto, su actuación, su voluntad. Reconocen como el Fundador le ha correspondido: su proyecto, su actuación, su manera de reconocer la

voluntad de Dios y de hacerse disponible. Dicen que concretamente, la obra de Dios, se realiza en esa Sociedad, mediante Juan Bautista de La Salle, porque han vivido con él y que quieren seguir viviendo. Dios está en su historia personal como en la historia de su Sociedad. Esta historia es también la historia de la salvación, en la Iglesia.

Llevar a su término la santa obra de Dios que se me ha confiado.

La crisis que atraviesa el Instituto a lo largo de este periodo afecta a la persona misma del Señor de La Salle, en sus relaciones consigo mismo, con los Hermanos, con Dios; y las relaciones de los Hermanos entre sí. Igualmente pone en tela de juicio el lugar de esta comunidad nueva en el paisaje pastoral de la Iglesia del momento así como en la sociedad contemporánea.

A lo largo de estos tres años, Juan Bautista de La Salle aprende a “soltar amarras”: se da cuenta de la brecha que existe en las mentalidades, entre el y varios Hermanos; debe por tanto aceptar que el Instituto no es “cosa” suya, a prender a vivir sin él y en paz. Sale de la prueba habiendo encontrado el lugar y el estilo de relaciones consigo mismo, con los otros y con el Otro, que le permitirán llevar a cabo la obra de Dios que le ha sido confiada.

Está seguro que las heridas internas que ha soportado y que han podido manifestarse en su silencio con respecto a varios Hermanos, no están curadas. Cuando Blain escribe su biografía, más de 20 años después de los hechos y al interrogar a los Hermanos, percibe el eco de lo que éstos han sentido, durante ese periodo. Y se constata que sus interrogantes perduran:

Sin duda que un hombre tan sabio e ilustrado como él, tuvo razones importantes para obrar de esta manera, pero no podemos adivinarlas. Tal vez quiso acostumbrar a los Hermanos a prescindir de él, y obligarlos finalmente a escogerse uno de ellos para superior, cosa que no habían querido nunca hacer en su presencia. Tal vez llevaba la humildad y los bajos sentimientos que tenía de sí mismo, hasta verse como un objeto de maldición, y como causa de todas las desgracias de que su Congregación estaba afligida sin cesar. Tal vez tuvo el pensamiento de que algunos de sus propios discípulos estaban de acuerdo con sus enemigos, y que no podía ya fiarse ni de los unos ni de los otros. Tal vez, en fin, quería persuadir a sus adversarios que no se implicaba ya en el gobierno del Instituto, con miras a desarmarlos. Sea lo que sea, como no podemos hablar sino por conjeturas, ya que La Salle no quiso nunca manifestarse sobre este tema, aunque haya sido presionado varias veces, su huida tan furtiva y precipitada ocasionó los desarreglos siguientes⁷¹

“Nunca quiso dar explicaciones sobre el tema”: se fue pues con su herida y su misterio.

Con los Hermanos, incluidos aquellos de quienes había sospechado que pactaban con “su enemigo”, las relaciones han vuelto a ser de confianza. Hemos visto en qué modo la carta del 1º de abril de 1714 era un verdadero espejo de su experiencia de Dios. Se ha dado cuenta que la misma ahora ha pasado a sus Hermanos.

Es necesario subrayar el papel de la Comunidad (la de Grenoble, pero también la de París, con esa carta de los “principales Hermanos”) en la recuperación del equilibrio vivido por Juan Bautista de La Salle. La dimensión ministerial de sus compromisos para con los jóvenes de Grenoble, para con los Hermanos mediante todo un trabajo de escritura enfocada hacia ellos (la revisión de los Deberes de un Cristiano), es también esencial.

Los Hermanos, de generaciones y experiencias diferentes, en parte obligados por las circunstancias, han aprendido a trabajar juntos, a imaginar su futuro, cometiendo evidentemente errores en sus ensayos. Es sorprendente constatar cuantas veces, en la biografía de Blain, se nos

⁷¹ Blain II. (CL 8), p. 108.

dice que los Hermanos de París se han reunido para decidir, evaluar, comunicarse, escribir... En cierto modo, han ratificado y asumido como propios, los compromisos de 1691 y de 1694.

La figura del Hermano Bartolomé surge más firme, y más lúcida sobre lo que está en juego en las decisiones a tomar con el fin de dotar de todas sus dimensiones al Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. También él, sin duda, ha integrado en su experiencia de Dios toda la novedad de “unirme y permanecer en Sociedad, con... para...”

El “cuerpo de la Sociedad” ha comprendido que “unirse y permanecer en Sociedad” era la clave de su porvenir. Es profundizando y viviendo esta dimensión de sus compromisos como ha encontrado la salvación. El Instituto está listo ahora para poner en práctica la decisión del 7 de junio de 1694: elegirse un Superior entre sus miembros, alguno que “se haya asociado y que haya hecho voto como ellos”. Está listo también para asumir toda la singular espiritualidad que anima a Juan Bautista de La Salle y éste les ha transmitido y continúa transmitiéndoles, a lo largo de toda su vida. Esta experiencia de Dios, se ha convertido en la suya, se ha convertido en la nuestra.

Hermano Jean-Louis SCHNEIDER.
Estudios Lasalianos. ROMA-PARMENIA.
28 de noviembre del 2006.
Para el CIL
(Traducción Hno. Pepe)